

LA IMAGINACIÓN PRODIGIOSA (200 AÑOS DE BALZAC)	▶ Rafael Lemus	3
NO TENGO MUCHO QUE DECIR	▶ Ramón Cuéllar Márquez	11
EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN	▶ Alejandro Mendoza P.	12
TE VI SONRIENDO SOLA	▶ Nicolás H. García	15
BAUTIZO	▶ Carla Patricia Quintanar B.	23
UN VIAJE CORTO	▶ Andrés Moreno Castro	24
CECILE	▶ Gerardo Ramírez Monroy	25
FRÍA CONFORMIDAD DEL AGUA	▶ Béla Braun	29
EL LEÓN, DE CHRISTOPH MECKEL	▶ Ricardo Corchado	30
EL MAR EN EL ESTADIO	▶ Julen Ladrón de Guevara	33
¿POR QUÉ NO ME LLUEVEN ALACRANES...!	▶ Mauricio Eugenio Galaz Dávila	36
NO ME ESPERES EN BOSNIA-HERZEGOVINA	▶ Édgar Caballero Monjarás	41
MUDANZA DEL DILUVIO	▶ Pedro Hernán Bravo Varela	45
AMOR CONDICIONADO, DE JAMES J. BRUNELLE	▶ César A. Valdés Rodríguez	50
¿QUIÉN SE ROMPERÁ PRIMERO?, DE RAYMOND FEDERMAN	▶ César A. Valdés Rodríguez	52
PENTAGRAMA PARA EL SILENCIO	▶ Édgar Roberto Mena López	55
BRÚJULA		
Internet, literatura, amigos...	▶	61

Les deseamos un
feliz año
2000.

¡SALUD Y ALEGRÍA!

Punto de partida

no. III

noviembre-diciembre 1999

Presentación

Decía Ortega y Gasset que dos nociones, dos fuerzas determinan la existencia de la humanidad: el azar y la esperanza. La primera empuja a lo desconocido, la segunda devuelve a la tranquilidad; ambas son igualmente poderosas. Si sólo hubiera azar, la vida sería incierta, siempre asombrosa, incluso imposible. La esperanza nos mantiene en el umbral de lo soportable. El conflicto que padece la Universidad ha transitado hasta ahora por caminos azarosos. Ahora, es necesaria la esperanza.

El mensaje del rector De La Fuente ha sido claro: "No hay más tiempo que perder. Dejemos atrás los agravios. Retomemos aquellos planteamientos que avizoran una solución, y todas aquellas propuestas de quienes piensan que no han sido escuchados, para analizarlas y discutirlos. No es hora de buscar culpables, pero sí es la de buscar soluciones. Asumámonos todos corresponsablemente en esa tarea".

Punto de partida se une a esta convocatoria. Sus páginas han permanecido siempre abiertas a las letras y las artes, a la reflexión y la crítica de los estudiantes universitarios; ahora abre la categoría de "Propuesta universitaria" en su concurso anual, en la cual se recibirán ideas que contribuyan a mejorar y transformar a la Universidad.

En esta hora, invitamos a imaginar la UNAM del siglo XXI

Punto de partida

La revista de los
estudiantes universitarios

Nueva época Revista bimestral
No. 111 noviembre-diciembre 1999



Universidad Nacional Autónoma de México

Rector:

Juan Ramón de la Fuente

Coordinador de Difusión Cultural:

José de Santiago

Director de Literatura:

Ignacio Solares

Punto de partida

Director: Morelos Torres

Jefe de redacción: Andrés Acosta

Concepto Creativo:

DISEM, S. A. de C. V.

Preprensa:

Cromagraphics S.A. de C.V.

Dirección de Literatura

Coordinación de Difusión Cultural, UNAM

Correspondencia, colaboraciones:

Edificio C tercer piso, Zona Administrativa

Exterior, Ciudad Universitaria

CP 04510 México D. F.

Tel. 622-6201 622-6245

E-mail: morelos@servidor.unam.mx

Portada: Jesús Portillo

Impreso en México

Impreso en los talleres de Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V. Canarias 103, México D.F., 03300. Publicación bimestral. Tiraje: 2500 ejemplares ISSN: 0188-381X Certificado de licitud de título 5851 Certificado de licitud de contenido 4524. Distribuidora: Casa Autrey S.A. de C.V., División Publicaciones Av. Taxqueña 1798 México D.F. 04250.

La imaginación prodigiosa

Los 200 años de Balzac

Rafael **Lemus**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Un ensayo que recuerda en pleno bicentenario la vida, obra y milagros del prolífico novelista francés

La humanidad se ha erigido a sí misma tres monumentos: Shakespeare, Balzac y Tolstoi.

M. Gorki

A los treinta y dos años, Honoré Balzac (1799-1850) reinventa su pasado y agrega a su nombre la partícula nobiliaria que consuma su triunfo: Honoré de Balzac. Simbólicamente, quedan en el olvido los múltiples fracasos de juventud, las novelas infames escritas en serie, los torpes remedos de Walter Scott, el anonimato celosamente guardado por los seudónimos, y el futuro ansiosamente deseado se vuelve presente: gloria, amor, riquezas, privilegios aristocráticos. Diez años de infructuosos esfuerzos literarios, de pobreza estoicamente soportada, dan derecho a disfrutar jubilosamente los primeros éxitos literarios, a disponer libremente del nombre y el apellido, a forjarse una nueva figura. Y eso es lo que hace. A partir de 1831, el desafortunado joven Balzac se desvanece para que aparezca, seguro y vigoroso, el genio prometeico que creará, en menos de veinte años, la mayor obra novelística de la historia.

Con el pasado pretendidamente aristocrático, emerge también (por unos años) un presente adicto al dandismo. Balzac gordo, piernas cortas, dentadura confiada a la desidia, cabello



indomable, pasea su esnobismo por los salones más importantes de París, y su legendario mal gusto se convierte repentinamente en afición por la extravagancia: frac azul con botones de oro especialmente cincelados, chalecos blancos de seda, guantes rigurosamente amarillos, zapatos siempre desatados, bastones sobrepoblados de turquesas que promueven la risa y la leyenda. Al principio, Francia celebra a ese hombre que suma a su talento literario una personalidad arrebatadora, que suda y habla en exceso, que come en cantidades pantagruélicas. Pero, previsiblemente, su dudosa simpatía se torna pronto vulgaridad intolerable ante aquellos que antes lo aplaudían, y de este modo su arribismo temporal le gana una enemistad duradera: con parte de la alta sociedad, con la prensa, con los críticos literarios. Apenas importa: con aprobación o sin ella, Balzac se dedica indistintamente a lo suyo: escribir.

De 1829 a 1847, Balzac escribe noventa novelas, treinta cuentos, cinco obras de teatro, artículos periodísticos, panfletos políticos. Abundante, su talento se derrama, solícito, en jornadas monstruosas de trabajo, en esfuerzos inhumanos de doce o dieciséis horas diarias. Como Louis Lambert o el Maese Frenhofer de *La obra maestra desconocida*, Balzac trabaja enfebrecido, monomaniático. A la medianoche es despertado por un asistente y, a la luz de un café cargadísimo, trabaja (incansable) ocho o diez horas en la elaboración de intrigas, en el trazo de personajes, en la construcción apasionada de su mundo alterno. Y apenas termina, la jornada prosigue con la corrección de pruebas de otras novelas, donde Balzac reescribe sus textos y tortura a los tipógrafos. A las cuatro, cinco, seis de la tarde, finalmente, la labor proyectada para el día está ampliamente rebasada y Balzac, fatigado al fin, duerme en espera de la media-

noche, cuando una vez más ilustrará ganosamente la tesis de Chéjov: "El primer signo del talento es ser infatigable".

A esta actividad frenética lo orillan dos motivos: la conciencia de estar llevando a cabo una misión única, de estar realizando el mayor fresco literario jamás intentado, y la presión insoporrible que son los acreedores irritados. Afecto a lujos, pésimo negociante, Balzac ("el peor contador de la literatura", según Zweig) colecciona deudas, y su vida es (entre otras cosas) la forzosa sucesión de fugas desesperadas y tratos con los prestamistas. Agobiado, Balzac empeña siempre lo



único que tiene de empeñable: su talento literario. Durante toda su vida, trabaja a destajo, y su relación con las musas es medianamente la del negociante con sus clientes. En el peor de los casos, este conveniente trato con la literatura auspicia obras apuradas, disparejas, desaliñadas. Normalmente el resultado es otro: novelas memorables trabajadas con vigor artístico, piezas maestras que el ánimo mercantil no lesiona. Con la factura interesada de *Papá Goriot*, o *Las ilusiones perdidas*, o *La prima Bette*, Balzac sugiere lo que años después corroborará Dostoyevski, para enojo de los guardianes de la “transparente inspiración literaria”:

el dinero puede ser extraordinaria musa.

El dinero puede ser una musa extraordinaria

Y a la feroz disciplina laboral que se impone (“Yo no vivo, me uso horriblemente”) sólo la mitigan su dandismo ocasional (cada vez menos significativo) y sus relaciones, difíciles, intensas, con las mujeres (cada vez más importantes). Desde su primer triunfo literario (*Fisiología del matrimonio*, 1829), Balzac, habilísimo retratista de mujeres, define los atributos esenciales de la clásica mujer balzaciana, que para Lewis Carroll sería la clásica anciana: mayor de treinta años, felizmente aristócrata, seductoramente experimentada, potencialmente adúltera. Y este ideal literario es remedo del original vivido. A los 22 años Balzac, triste maquilador de novelas ilegibles, conoce a Madame de Berny, triste esposa de provincias de 44 años. Como Mme. de Warens con Rousseau, Mme. de Berny, madre y amante a la vez, educa sentimentalmente al joven, descubre su genio oculto, anticipa su grandeza futura. La relación, extensa, importantísima (materia con la que está hecha *El lirio en el valle*) fija estándares para Balzac y lo condena a la búsqueda apremiante de amantes más bien maternas. En 1850, el esfuerzo tiene resultados: un enfermo Balzac se casa con Madame Hanska, aristócrata polaca, viuda, millonaria. Cinco meses más tarde, Balzac muere a lo Balzac: a punto de alcanzar sus ilusiones, próximo a satisfacer sus deseos, dejando a medias sus dos grandes proyectos: el matrimonio y *La comedia humana*.





“Lo que él [Napoleón] comenzó con la espada, lo terminaré yo con la pluma”

En 1841 Balzac acuerda la publicación de sus obras completas. A la colección le agrega un título extraordinario, *La comedia humana*, y un prólogo esclarecedor. Para su monumental



esfuerzo, imagina un plan rigurosamente definido. La obra estará dividida en tres secciones: Estudios de costumbres (con sus Escenas de la vida privada, de la vida de provincia, de la vida parisiense, de la vida política, de la vida militar, de la vida en el campo), Estudios filosóficos y Estudios analíticos. En total, un colosal edificio de ciento treinta y siete textos. En realidad, interrumpida por la muerte de su autor, una obra apenas concluida a medias, con esa medianía sólo digna de Balzac: ochenta y cinco textos, dos mil personajes, más de diez mil páginas: “*La comedia humana*, escribe Albert Thibaudet, es la imitación de Dios Padre”.

En su célebre prólogo a *La comedia*, Balzac descubre sus objetivos: inventariar todos los tipos humanos, clasificar las distintas especies sociales, llevar la literatura al resguardo de la ciencia. Pleno habitante del siglo XIX, Balzac resiente poderosamente la influencia de las teorías científicas de la época (principalmente, el principio de unidad de composición de Saint-Hilaire y la teoría de la influencia del medio sobre el individuo, expuesta por Cuvier) y, entusiasmado, se afana en ser el primer naturalista de las letras. Con rigor sobreactuado, describe minuciosamente las fisonomías de sus personajes en busca de rasgos animales que los definan, estudia la influencia del ambiente sobre sus protagonistas, traza parentescos fisiológicos entre ciertos caracteres. Agradeciblemente, su genio lo traiciona. Así se empeña en hacer ciencia, en su obra gana por mucho la literatura, y su vocación científicista palidece ante su imaginación



prodigiosa. Involuntariamente, los medios naturalistas sirven a fines puramente literarios: sometidos a una inspección desmesurada, los personajes adquieren una verosimilitud venerable, y con el sostén de ese bagaje realista que se quiere científico, *La comedia humana* halla su peculiaridad literaria más característica: la fusión impetuosa de registro y creación, de ficción y realidad.

Más firmemente, *La comedia* se pretende documento historiográfico.

Balzac, al tanto de la singularidad del

periodo que le toca vivir, lector entusiasta de Walter Scott y James

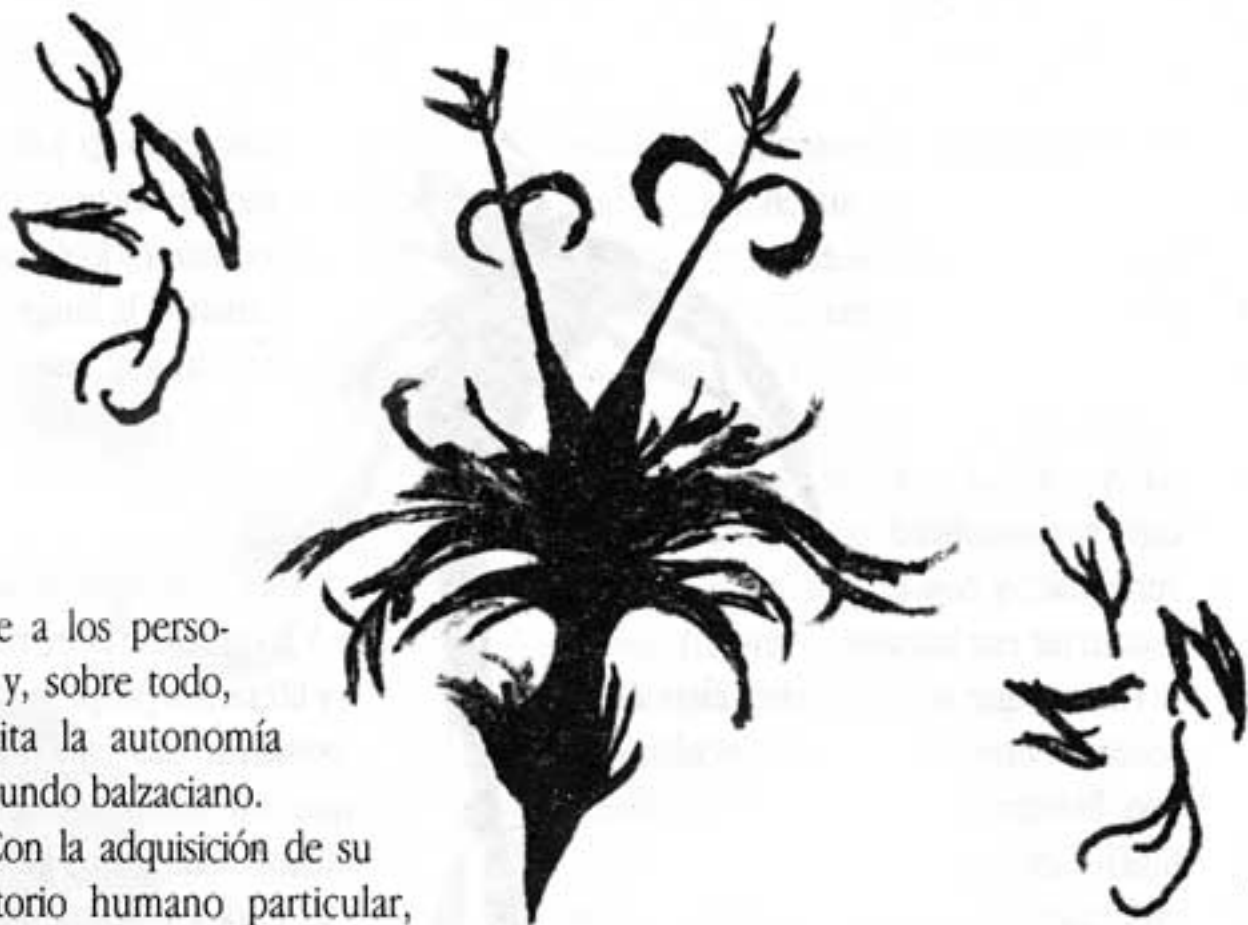
Fenimore Cooper, observador portentoso, le encarga a su pluma la crónica de esos años, "la historia que han olvidado muchos historiadores, la de las costumbres". Y, al hacerlo, confía involuntariamente nuevas tareas a la literatura. El retrato costumbrista implica, por lo menos, el asalto novedoso de la literatura a la vida cotidiana, la irrupción sorpresiva de los seres vulgares en el escenario literario, la revaloración del escritor como cronista y crítico de su realidad, el replanteamiento serio de los fines de la literatura, entonces gobernada por el ideal romántico. Con esto, y sin saberlo, Balzac tiende lazos entre el romanti-



cismo en boga y el realismo en ciernes (ambas corrientes lo reclaman), añade a la imaginación desatada las bondades de la observación, se erige para muchos como el primer novelista moderno. Y la confusión entre realidad y literatura propicia que *La comedia* sea mucho más que su simple intención historicista: fresco genial de su época y momento literario sin fechas, retrato confiable de los franceses de la primera mitad del siglo XIX y, como lo quiere André Maurois, pintura prodigiosa a la altura de Shakespeare del Humano Intemporal.

Desde *Papá Goriot* (1834), Balzac pone en práctica un recurso afortunado: la reaparición de los mismos personajes en novelas distintas. Al principio, el artificio tiene un fin limi-

tado: facilitar el empeño muralístico, repetir personajes hasta volverlos estereotipos. A punta de reapariciones, por ejemplo, Bianchon, médico infatigable, deviene la colección entera de los médicos parisinos, y Rastignac, exitoso arribista, patentiza el cinismo de todos los que corrieron con su suerte. Pero al irse edificando más claramente *La comedia*, la idea de Balzac, aparentemente accesoria, descubre sus beneficios vastísimos: imprime a los personajes una dimensión temporal insospechada, alumbra las relaciones entre los distintos sectores sociales, permite al lector fiel un conocimiento previo de las personalidades que fa-



vorece a los personajes y, sobre todo, delimita la autonomía del mundo balzaciano.

Con la adquisición de su repertorio humano particular, Balzac afianza su mundo propio. *La comedia humana*, así eche luz sobre el mundo real, es en rigor un universo autónomo, y el cronista Balzac es en verdad un constructor de realidades alternas. La intención es reflejar parcialmente la vida cotidiana, y el resultado es otro: forjar cotidianamente una vida paralela, con su código propio y su grandeza aparte. Y el fracaso se consuma para júbilo de los lectores: ansioso de hacer ciencia e historiografía por medios literarios, el genio de Balzac hace, mejor, algo distinto: una soberbia comedia humana con sus científicos e historiadores.

“Dinero, ese Dios moderno”

“El protagonista de mi obra es la sociedad francesa, y yo no actúo sino como su secretario” escribe, modesto, Balzac en su prólogo a *La comedia humana*. Y la sociedad francesa de entonces (1800-1847), para especificar al magno personaje, es la comunidad sacudida por la Revolución, los hombres y mujeres embriagados por el espíritu napoleónico, la aristocracia decadente que por un tiempo impone

sus intereses restauradores, la burguesía en ascenso imparable, el pueblo medianamente inquieto, el romanticismo victorioso, las demasiadas convulsiones. En Francia (como en toda Europa), la primera mitad del siglo XIX es un periodo singularísimo y, venturosamente, el momento histórico se hace de su “secretario” emérito, que a la vez retrata e inventa, copia y crea, documenta y critica.

La mirada que Balzac reserva a la sociedad francesa es contundentemente pesimista. Despiadado, hace de buena parte de *La comedia* un reflejo de lo que observa: un inventario de la podredumbre, un catálogo de seres despreciables, una bitácora de la infamia. Despreocupado, recrea la sociedad que percibe, sin que a la tarea la ensombrezcan juicios morales. En el territorio normalmente impune de sus páginas, la burguesía delinque libremente, la aristocracia disimula malamente su corrupción, los espíritus bondadosos se derrumban con estrépito, las ilusiones devienen intereses sordos. Y el fresco sería absolutamente desolador si no lo habitaran también, al mismo tiempo, personajes tan entrañables como Papá Goriot, o el coronel Chabert, o Mme. de Mortsauf, y libros tan ingenuamente benévolos como *Seraphita* o *El médico rural*.

Conservador a su manera, Balzac combate la acusación de inmoralidad que se le achaca (por no juzgar, por ser un cronista riguroso) exponiendo sus certezas: "Escribo a la luz de dos verdades eternas: la Religión y la Monarquía". Su obra, sin embargo, se desentiende de esta convicción desesperadamente declarada y, lo quiera o no Balzac, es una radiografía acidísima de la sociedad entera, un testimonio demoledor contra todo lo que permanece de pie. En todo caso, su conservadurismo obtiene apenas una victoria inocua: entre la burguesía y la aristocracia, Balzac destaza (si es posible) más violentamente a la primera. En sus novelas, la burguesía es, salvo excepciones destacables, la mediocridad que atenta contra la grandeza de Francia, la mezquindad irremediable, la hipocresía que ya imagina cómo explotar al vecino. Pero, de todos modos, la aristocracia no es

algo muy distinto: las fortunas mal habidas, el honor que la consolidación del capitalismo vuelve anacrónico, el esnobismo que, acorralado, se resguarda en el cinismo. Y, finalmente, entre una y otra, el rasgo compartido: la enfermiza ambición por el dinero.

Si, como quería Jane Austen, la literatura gira alrededor de dos magnos temas, el amor y el dinero, Balzac es entonces el caudillo de media literatura. Ambicioso siempre, perpetuamente endeudado, Balzac descubre vívidamente la tragedia cotidiana del hombre ordinario: el dinero siempre insuficiente, las deudas apremiantes, las ambiciones irreprimibles. Convencido de la importancia sociológica de su descubrimiento, destina muchas de

sus páginas al retrato de esa épica moderna que es el individuo persiguiendo una herencia, ganando millones, perdiendo fortunas. El morbo lo arrastra: hay que registrar cada franco, indagar el origen de las fortunas, desnudar el egoísmo de los burgueses. "Tener o no tener rentas, ésa es la cuestión". Y animadamente, *La comedia* hospeda múltiples líos judiciales, repetidas desgracias monetarias, minúsculas batallas burguesas, amores que languidecen en "las aguas heladas del cálculo egoísta". El dinero, tan elusivo en su vida, es huésped permanente y distinguidísimo de su obra.



“¡Mis desenfrenos son mi trabajo!”

Una crítica contemporánea a *La comedia humana*: su desaliño repentino. Es cierto. Hecha a un ritmo frenético, vendida por anticipado a los editores, la obra de Balzac padece forzosamente un vicio penadísimo en este siglo: un estilo disparejo, excesivo.

Hay en sus páginas descripciones absurdamente exhaustivas, personajes confiados a la caricatura, divagaciones que casi son ensayos, amores folletinescos sólo redimidos por el vigoroso ambiente en que ocurren, multitud de duquesas, verbosidad a ratos exuberante. Incluso, Balzac está al tanto de sus deficiencias: “mi obra es un monumento, que perdurará más por su solidez y la poderosa acumulación de materiales, que por la belleza de sus formas de construcción” (y para mitigar sus fallas, trabajador obsesivo, corrige diez, doce, quince veces las pruebas de imprenta.)

Pero, más que empañar su grandeza, estas fallas descubren el secreto de *La comedia*, que es su fuerza inusitada, su vitalidad asombrosa, su vigor insólito y, de paso, confirman lo ya sabido: Balzac es un genio, no un estilista; incontenible, su talento consiste en abrir caminos, levantar monumentos, edificar literaturas, que luego otros afinarán. Desmesurado, su talento es entonces el que Gustave Flaubert, estilista consumado, reconoce a los

maestros: “No tienen necesidad de ser estilistas; son fuertes, a pesar de todas las faltas y a causa de ellas... Lanzo aquí, al azar, una opinión que no me atrevería a decir en ninguna otra parte: y es que los grandes hombres a menudo escriben mal, y mucho mejor para ellos. No es en ellos donde cabe



buscar el arte de la forma, sino en los segundos”. Con *La comedia humana*, Honoré de Balzac, genio como pocos, corrobora la tesis: el genio es imperfecto.

Y los dos siglos transcurridos desde su nacimiento añaden otro elemento a la certeza: humanamente imperfecto, e inmortal.

No tengo mucho que decir

Ramón **Cuéllar Márquez**

Facultad de Filosofía y Letras

**Un poema que desnuda al
poeta justo en medio de su
silencio**

No tengo mucho que decir:
sólo que el viento circula por mi sangre,
que el color de las flores se queda y se va de mis ojos:
nunca permanece.

No tengo mucho que decir:
sólo que la voz de los viejos no me hiere
ni me aleja de mi especie.

A eso aspiro, a comunicarme con mi especie,
con la sustancia tantas veces olvidada,
con el canto de las piedras: porque cantan,
contienen el latido del sol en su memoria.

¿En qué estado me dejaron los recuerdos?
Tengo treinta y dos años
y mi cuerpo está aprendiendo a vivir como una bestia,
solitario en el amplio valle que crearon los hombres y mujeres.

No tengo mucho que decir:
sólo que la poesía es más que unas palabras,
más que mil libros publicados,
más que un buen puesto público,
más que un premio literario,
más que una escalera por donde ascienden los primates
que inventan las ciudades y sus cosas.

No tengo mucho que decir,
salvo que mi voz se va callando
para entrar en el preciso momento del silencio ●



El porvenir de una ilusión

Alejandro **Mendoza P.**

Facultad de Filosofía y Letras

**Un cuento que seguramente
Freud habría leído ruborizado**

Tendría yo diecisiete años cuando sucedió lo que les voy a contar. Deseaba mucho a una chica de mi grupo de preparatoria. Teníamos una buena relación y me quería mucho, desgraciadamente no en el mismo sentido que yo. Desde entonces pretendía escribir. Ella lo sabía y me pedía mis cuentos. Le entregaba todo lo relacionado con sexo, únicamente los perversos. Hacía esto con la esperanza de que algún día tuviera ganas de hacer el amor conmigo. Esperaba su llamada todas las tardes, "Jano, he leído uno de tus cuentos. Ven y hazme el amor". Obviamente dicha llamada jamás llegó.

Pero en su lugar un día marcó y me dijo, "Jano, te quiero invitar a comer. Mi madre ha leído tus cuentos y quiere charlar contigo". Eso siempre pasaba. A mis compañeros nunca les emocionó leerme, en cambio, a los padres sí les surgían algunas dudas sobre ese escritor extraño, amigo de sus hijos.

Dos días después estaba en una mesa de madera fina comiendo como cerdo. Habían preparado un espagueti delicioso. No deseaba hablar de letras,

tan sólo quería comer y comer. El pan de la casa era exquisito. La madre de mi amiga tendría unos cuarenta y tantos años. Era muy guapa, apenas se acentuaban unas arrugas en la cara. Pero no eran arrugas de las feas, esta señora tenía vejez sensual. Su rostro parecía enojado todo el tiempo y los repliegues de su cara me obligaban a imaginarla en un orgasmo. Exacto, así era. Una mujer con arrugas en la cara por exceso de orgasmos.

No sé de dónde salían tantas cosas de mi cabeza. Me imagino que era culpa de la pubertad. "He leído tus cuentos", me dijo la Señora. "Me han parecido interesantes. Creo que te gustaría mucho leer a Freud". Di un gran sorbo al agua de tamarindo y seguí viendo su rostro. En realidad, nunca me había interesado mucho el padre del psicoanálisis, pero si la madre de mi amiga me impartía la teoría, no tendría ningún problema en leerlo.

Pronto acordamos que leería *Psicopatología de la vida cotidiana*. Me atraganté un deleitable postre y me despedí. Con tal de ver a la Señora de nuevo leí el libro en menos de una semana. Fueron muchas horas las que

pasé con Freud. Su escrito era interesante. Leía sobre todo esas cuestiones del inconsciente y después, en un arranque de inconsciencia, me masturbaba pensando en la madre de mi amiga y sus arrugas.

Llegué el sábado por la mañana a su casa. Toqué la pequeña campana. Pronto salió la madre en un traje de baño corto. Mi pene se levantó inmediatamente. La Señora tenía muchas más virtudes de las que había imaginado. ¡Era un monumento la maldita! "Me estoy asoleando", me dijo calmadamente. La veía con su piel apetitosa mientras se untaba la crema de broncear. Me dieron ganas de pedirle permiso para masturbarme enfrente de ella, pero el *super yo* controló el deseo.

Empezamos a platicar sobre el libro. Ella se recostó y estiró unas hermosas piernas perfectamente depiladas, llenas de lunares modestos que aparecían de repente. Mis ojos trataban de encontrar los pezones detrás de la delgada tela. Ella me explicaba las profundas cuestiones de la psicopatología y la relación entre el *ello*, el *yo* y el *super yo*. No entendía nada de eso. Para mí todo era lo mismo. Mi *yo*, mi *super yo*, mi *ello* y toda cosa que pudiera existir dentro de mí, estaba hirviendo. Pensé en pedirle el baño y descargar ahí. Pero no quería interrumpirla. Ni siquiera me acordé de su hija. Le pregunté algunas dudas sobre ciertas palabras y terminología.

Antes de lo que hubiera querido, habíamos terminado de revisar todas las cuestiones importantes del libro.

Ya estaba más calmada mi excitación. Nos despedimos y acordamos que ahora leería *El porvenir de una ilusión*. Veía los tres tomos de las obras completas y sentía la oportunidad de mi vida para hacer que una señora se enamorara de mí. Recordaba las arrugas y por alguna extraña razón suponía que la madre de mi compañera era excelente haciendo el amor.

Me desvelé leyendo el nuevo libro. Me gustó mucho más que el otro. Por momentos hasta olvidaba la razón de mi lectura. Llegué el siguiente sábado y ella puso una cara de sorprendida. A ese paso podría acabar la obra de Freud en unos cuantos meses. Se estaba asoleando de nuevo. Luego descubrí que todos los sábados lo hacía. Empecé a averiguar sobre su vida. Todo era perfecto, divorciada, sin novio, con una hija hermosa. ¿Qué más podía pedir? Ella me explicó la importancia de ese libro. Me ilustró en todas

las cuestiones del instinto, sobre la coerción mental sexual, sobre el fetiche y demás cosas que para mí eran sumamente eróticas.

Pensé en confesarle mis deseos conscientes, "Señora, quiero hacer el amor con usted en la azotea, junto al tinaico. Ansío meter mi pene en su axila y moverme como una lombriz dentro de ella, quiero hundirme en sus cabellos y gritar como orangután. Deseo explicarle el complejo de Edipo mientras le chupo los pezones, hablarle sobre el delirio y los sueños mientras usted arruga su rostro sensual. Señora, quiero ejemplificar el concepto del sadismo dental y el de masoquismo con usted. Añoro hacer emanar sus zonas erógenas. Quiero disfrazarme de Freud, ponerme sus largas



barbas y chuparla hasta que explotara en un gran orgasmo". Todo eso le quería decir.

El instinto, decía ella, es uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico.

Con esas palabras me calmaba un poco. Cuando pasaba mucho tiempo íbamos a la sala. Ella se envolvía en una bata blanca y seguía ilustrándome. En realidad era buena maestra. Nunca supe si ella se daba cuenta de mis antojos carnales. La cosa es que me hablaba de la sexualidad perversa en la psiconeurosis y me sentía realmente identificado con ciertos aspectos.

Gracias a estas sensaciones aprendí sobre los principios del placer, sobre el tabú de la virginidad, acerca de la psicología de las masas, el malestar en la cultura, el porqué de la guerra y miles de cosas más. Pero el verdadero problema llegó cuando revisamos la inhibición. Fue entonces cuando decidí no ser un inhibido de mierda y expresarle mis verdaderas pasiones.

"Señora", le dije, "Deseo hacer el amor". En eso entró su hija. Venía muy feliz de algún lado. Nos saludó y se marchó a la cocina. "¿Decías", me preguntó la Señora. No supe qué contestar y saqué otra duda. Pasaron los *Estudios sobre la histeria, El chiste y su relación con el inconsciente, La interpretación de los sueños* y otros libros. Una tarde, finalmente me atreví de nuevo a expresar mis deseos.

"Señora", le dije, "Deseo hacer el amor...". Me quedé trabado, mi consciente no me permitía hablar. Ella intervino en ese momento. "Es muy normal a tu edad, no es nada patológico". Quise comentarle lo de la axila, pero mi lengua no me dejaba. Se

desvió la charla y terminó la sesión. Seguí leyendo como monje sobre la teoría sexual. Pasaron semanas, libros, preguntas, tardes y jamás me atreví a confe-



sarle mis deseos. Formulé una teoría sobre mi autorrepresión y la cantidad de perversidad dentro de mis antojos carnales. Realmente me creía un psicoanalista. Pero para mi desfortuna, al terminar el último libro de Freud, ella me explicó que eso ya estaba siendo descartado y me abrió las puertas hacia las nuevas tendencias psicoanalíticas. Me prestó un libro de Lacan y otro de Jung.

Terminé la preparatoria y la obra de Freud. Jamás me atreví a decirle que deseaba hacer el amor con ella mientras discutíamos sobre psicoanalistas. Nunca supo sobre mis deseos de disfrazarme con barba y lamerla hasta morir. Decidí estudiar psicología e hice mi tesis sobre "la autorrepresión sexual". Me convertí en un estudiante destacado. Logré terminar mi doctorado en Alemania. Fui un maldito éxito en todo. Cumplí cada uno de mis objetivos, pero jamás tuve mi pene en su axila. Me arrepiento mucho, de verdad lamento no habérselo confesado... ●

Te vi sonriendo sola



Nicolás H. García

Facultad de Filosofía y Letras



¿Qué pasa después de una fiesta en
donde se conoce un par de solitarios?
Un cuento para recordar

Todos nos miraban con admiración cuando salimos de la fiesta. Yo te abracé de la cintura y tú llevabas en la mano la última cuba de la última botella que pudimos comprar. Salimos sin despedirnos de nadie y alcancé a oír las risas de mis compañeros, mientras el clima nocturno de la costa nos refrescó.

—¿Si está lejos podemos tomar un taxi?

—Pero se siente tan bien el calor —dijiste—. Vamos a caminar un poco. ¿Estás muy mareado?

—No, no es por eso. Yo me siento bien.

—¿Te tomaste medio litro tú solo y ni siquiera estás mareado! Se me hace que estás presumiendo.

—Bueno, sí, estoy mareado, pero puedo caminar bien.

—A mí me encanta sentirme así: completamente ebria y sin embargo consciente, mareadísima y excitada.

Esta última palabra, aparentemente fuera de lugar, me incomodó. Tal vez porque era muy raro oírsele a una mujer o porque eras precisamente tú quien la decía. Después me di cuenta de que disfrutabas caminar en esas calles empedradas que, inclinadas, bajaban al lago a un costado de la universidad. Te detuviste en la esquina y me besaste, en mis labios punzaron tus mordiscos. Me sujetaste de la cintura mientras tu lengua se mecía dentro de mi boca, tus manos comenzaron a bajar y me sujetaron las nalgas, como si cargaran tus pequeños libros. Sonreíste mientras desviabas la mirada hacia el

► 15



lago y te recargaste en el barandal de piedra.

—Parece que el mar está aquí cerquita, y no a hora y media. Se puede oler la sal.

Tu cuello ondulado se enredaba por el viento, mientras admiraba tu piel engañosamente oscura y tu mirada flotando como un reflejo sobre el agua.

—De donde vengo también hay un lago, y es enorme, pero sólo se ve de noche.

Tus ojos se agrandaron al mirarme y sonreíste.

—Se distingue mejor cuando uno regresa a la ciudad, bajando los cerros que la rodean: hay miles de luces que brillan en el fondo, pero la superficie es clara e inmóvil.

—¿No has intentado nada en él? —preguntaste.

—No.

Tu mano subió despacio, la dejaste llegar hasta mi pecho y luego buscó en círculos y arañazos un lugar donde descansar.

—Tal vez lo hagas hoy —dijiste mientras seguías sonriendo.

Pasaste tu brazo por mi cintura y me llevaste, caminando sin prisa por esa calle solitaria, bajo el aire cálido de la ciudad. El empedrado me hacía tropezar más de lo normal y me molestó que pensaras que estaba borracho. El olor del lago se quedó atrás y aparecieron otros: las hojas anchas de los platanos cubiertas de rocío, los árboles cargados de las flores que dejan caer cuando se adormilan, las techumbres de madera con achaques de vieja, la sal.

Me di cuenta de que todas las cosas olían a sal, desde las baldosas del piso hasta la pintura blanca de las paredes. En esta ciudad da la impresión de que no llueve, son las cosas las que sueltan el agua que acumulan.

—Tu ciudad parece construida sobre el musgo que crece en la montaña —te dije sólo para verte sonreír.

—Yo no soy de aquí, nací en el desierto del norte. Estoy aquí de paso, como tú.

—Tu piel ha cambiado de tanto estar cerca del mar.

—La mar es la protectora del estado, está presente en cada pueblo y todos viven bajo su protección. A esta ciudad la celebra la lluvia.

Nos habíamos detenido otra vez, ahora bajo uno de esos árboles pequeños pero muy frondosos que ayudan a soportar las doce del día.

—La madre tierra y el padre mar siempre luchando...

—La gente de tierra adentro no puede identificar la femineidad del mar —dijiste—. Para ti es algo lejano, un destino turístico. Yo vengo de donde se juntan la mar y el desierto: la playa de los cíclopes, enorme y solitaria.

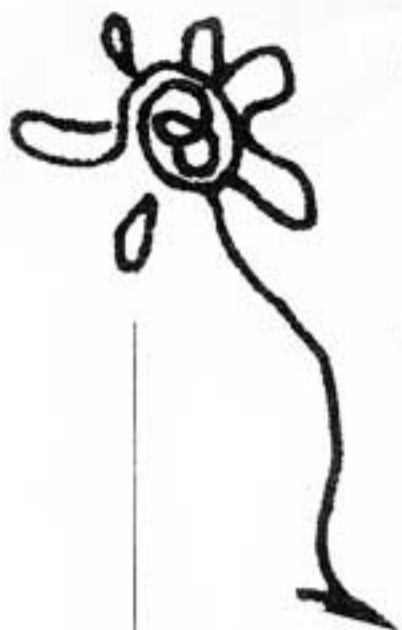
No me abrazabas, tu mirada estaba fija en la calle que parecía mohosa bajo la luz amarillenta del alumbrado.

—Debes sentirte muy sola.



—¿Tú crees? —preguntaste usando esa mirada que ya te había visto en el salón de clases.

—Pues... por ese lugar del que me hablaste.



—Es la playa la que se siente sola, yo voy de vez en cuando a acompañarla.

—¿Te comunicas con el mar?

No me veías, levantaste la cabeza y la descansaste sobre tus hombros mirando las estrellas.

—Compartimos cosas —dijiste—, yo le doy algo de calor, ella me da humedad.

—¿No necesitas de alguien que te acompañe cuando estás ahí? Me refiero entre la mar y el desierto.

Tomaste mi mano, la pusiste sobre tu mejilla y después la besaste. Tus labios se ceñían y se oprimían contra mi palma para luego chasquear y aparecer más brillantes y rojos que antes. Tu boca rejuvenecía con cada beso.

—Soy feliz. Estoy segura que uno puede ser feliz a pesar de las peores situaciones; en medio de un desierto, como yo, o en una ciudad anegada de gente, como tú. ¿Eres feliz?

—Soy feliz de estar contigo ahora.

—No, me refiero en tu ciudad. Allá, cuando sales de tu casa sabes que no encontrarás a nadie conocido y a nadie le importará a dónde vas. Yo no puedo salir sin pasar al departamento de mi vecina. Tomar un café,

platicar un poco, y después puedo irme más tranquila. ¿Quién crees que se siente más solo?

El clima nos imponía un ritmo para caminar, uno al que tú seguramente ya estabas acostumbrada.

Para mí era un paso lento, como el de un lago reflejando la luna o una naranja madurando. Incluso los pocos autos que pasaban a esa hora zigzagueaban entre las piedras y zanjas del camino.

—Es tan bella la noche, es otra vasta soledad.

Volteaste la cabeza y me besaste en los labios.

—La soledad que provoca contemplar la mar es más terrenal, pasajera —dijiste—; pero cuando miro el cielo me ataca la más grande de todas, una permanente.

—¿Te da miedo pensar en eso?

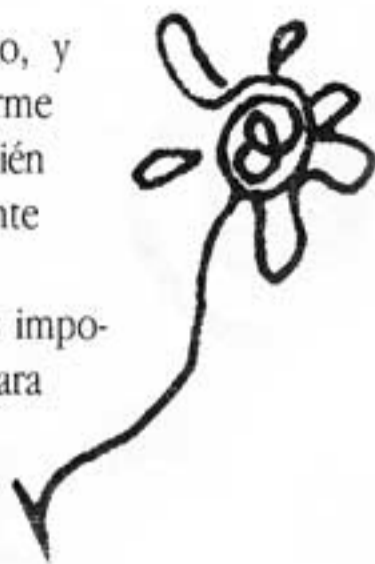
—¿En qué?

—En la muerte —dije.

La verdad no sé cómo voy a actuar frente a la muerte, me imagino que con una sonrisa irónica.

Te detuviste y bajaste la cabeza, te acercaste a mí, tenías los brazos alrededor del pecho como si te doliera. Acaricié tu cabello, que dejó escapar un olor a nostalgia, a sal. Comencé

a besarte la frente y luego tus ojos húmedos. Después me besaste pasando los brazos por detrás de mi cabeza y rozando tus





labios con los míos. Mis manos bajaron despacio a tu cintura y la sujetaron con fuerza. Al mirarme, tus ojos brillaban.

—La vida tiene su playa que golpea constantemente: el hombre. Con cada ola lo desgaja y lo arrastra, pero él se renueva y crece.

—Parece que entiendes muy bien lo que significa la soledad.

Tus ojos reflejaban mi rostro, tus manos se escurrían entre el cabello de mi nuca, entonces fui yo quien te besó. Tu boca aceptó mi lengua que comenzó a moverse muy despacio, con el paso de una pareja por una calle empedrada montaña abajo.

—Mi ciudad está sola, abandonada en medio de un valle y amenazada por los elementos. Cuando es verano el sol quiere fundirla, verla hervir; pero cuando llegan las lluvias las nubes recuerdan dónde estaba el lago y lo humectan, y lo inundan.

—Sólo un solitario es capaz de observar esos detalles.

Parecía que no sabías qué hacer con mi mano; si caminábamos con ese paso lento la recorrías sobre tu pierna, si nos deteníamos la hacías subir y la detenías contra tu pecho palpitante y robusto.

—¿Sabes que hay quien dice que hacer el amor es como morir un poco? Me sorprendió la pregunta, pero me sorprendió más esa chispa de deseo en tus ojos y esa sonrisa traviesa que apareció como un tesoro.

—Será por el desgaste —dije.

—Tal vez por la vida que se entrega. La vida que se condensa en sudor, la que se escapa de los cuerpos.

La luna había bajado y estaba ahora más grande y pálida, como esa luz artificial que colgaba de los postes a lo largo de la avenida, y que todo lo decoloraba. Tus dedos delgados y nerviosos jugaban con la cinta de tu escote, tu sonrisa arriesgada y juguetona se acercó a mí, adelantando los labios y su calor.

—¿Falta mucho para llegar a tu casa?

—No, es aquella de ahí, el número 69.

Caminamos tomados de la cintura, tu mano se ocultó en la bolsa trasera de mi pantalón; su suave presión me pareció el de una planta tropical, tal vez una enredadera, afianzando sus raíces firmemente, protegiendo y asfixiando.

—Esta ciudad parece luchar por no ser atrapada por la selva. Y no es fácil porque ella sabe cómo tejer puentes, si encuentra una piedra se apoya, crece alrededor y la cubre; pero sobre todo deja ese olor agrio y salado que igual puede ser de vida que de muerte.



La selva también tiene un carácter femenino.

—Es aquí.

La lámpara que encendiste sobre un buró sólo daba luz hacia un muro del que colgaban carteles y hacia una cama que estaba cubierta por un enorme edredón. Había una mesa de trabajo con cartas, postales; repisas con libros, fotografías, un jarrón con flores. La pantalla de la lámpara era clara y contagiaba de un tono frío a toda la habitación, pero el edredón de tu cama brillaba con un color encendido, rubicundo.

Te acercaste a besarme despacio, de nuevo rompió en mí el oleaje de tu lengua que se enrollaba junto a mis labios. Me desbrochaste la camisa y la dejaste caer, después de tu blusa. Mi pantalón se atoró con mis zapatos y no tuve la calma de deshacer el nudo de las agujetas. No era el tiempo de esperar. Me besaste mientras te quitabas los calcetines, no te gustaba mucho usar medias; te gustaba tomar mi mano y comenzar por tocarte con ella el muslo, subir por el vientre hasta los senos y terminar apretando un pezón. Mi mano ya no te pareció suficiente y me tomaste de la

¿Sabes que hay quien dice que hacer el amor es como morir un poco?

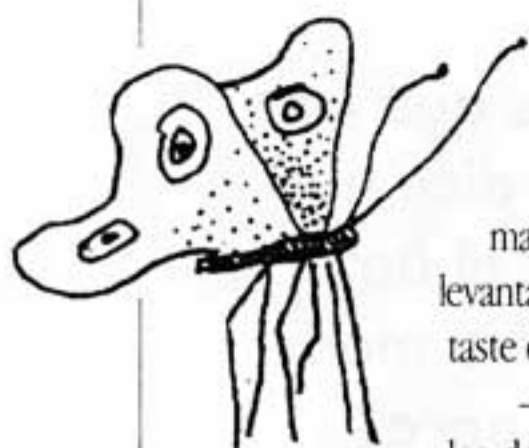
nuca con ambas manos y con calma, pero firmemente repetiste el mismo camino que ahora yo me ocupaba de lamer y besar. Tomabas pausas cuando lo que hacía te agradaba, alargando un poco el placer. No me soltaste cuando succionaba tu pezón, me

guiaste por tu cuello hasta que terminaste besándome en los labios. Podía presagiar la noche trémula y brillante que nos esperaba, mirando a través de tus grandes ojos oscuros.

—Eres muy bella —me obligó a decir el deseo.

Te levantaste de la cama y caminaste un poco, dejando que el cabello cayera sobre tus hombros; dejando que disfrutara de la sorpresa de tu desnudez, la que ni siquiera me había ima-





ginado. Fuiste a una repisa y regresaste a la cama con un paquete en las manos. Me pediste que me levantara y luego me recostaste con cuidado sobre ti.

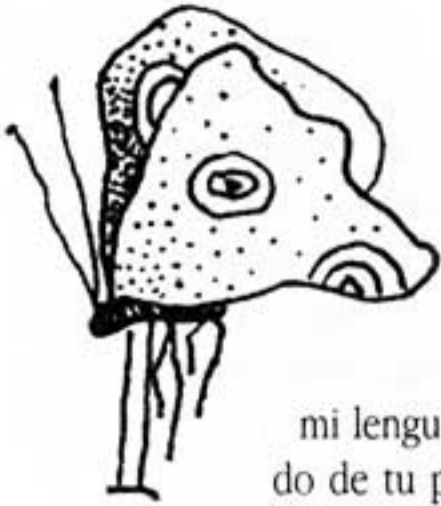
—Deja que yo hable por los dos. Deja que mi voz te guíe. Yo te entregaré mi cuerpo a cambio de tu voz. Tu libertad será la acción, la práctica; la mía será la previsión, la posibilidad. Yo te perteneceré este instante, tú serás mía siempre.

Levantaste el cuello para que te besara y me abrazaste con una mano, en mi espalda sentía un abanicar de páginas, y luego apenas un murmullo, un suave cuchicheo de tus labios, un húmedo siseo entre tus dientes. Pausadas y tibias, las palabras sonaban aumentadas en mis oídos por cada beso, cada caricia, por los dedos de tu mano libre que desenredaban mi pelo o me tomaban firmemente de la nuca. Tus muslos se movían y revolían ayudando a que los míos quedaran en medio, empujando y cediendo espacio vital, ese que tu vientre contenía

como la ribera a un río, sin apropiarse, sin exigir, como la corriente que pule las rocas y las hace cantar como el bronce, como el rumor de las palabras, esas que te escurrían de la boca. ¿Cuáles eran tuyas? No intenté preguntarte, era parte del trato y yo no pensaba romperlo, no me correspondía a mí esa libertad. Escuché, sin embargo, cómo se reunían y acordaban frases; escuché cadencias y ritmos, una canción, un sueño: bajo un árbol desojado en el otoño, un lobo, entre lamentos y llanto, regurgita las plumas sangrantes de su presa.

Tu cuello se erguía y los hombros temblaban llamando a mi boca, tus pezones creciendo en la punta de mis dedos, tus pies fríos corrían a lo largo de mis piernas y de tu boca salía, clara, la poesía. Era húmedo el camino que tú me ibas marcando para que yo lo recorriera con mi boca: subir a tu pecho, rodear por un costado y bajar a tu cadera y seguir bajando. Las palabras siempre ahí, cada verso un mordisco, mi lengua amainaba cualquier dolor, cada párrafo un beso, tu voz se iba quebrando por el deseo, pero en tu boca se reflejaban, como en una fuente, los destellos de carmín del cubrecama. Escuchaba y avanzaba, primero la poesía desde tu boca y enseguida





mi lengua en el fondo de tu piel, aventurándome en tu cuerpo.

Abriste los muslos y recitaste, amplia y energética, con la resonancia recóndita de tu vientre, con la orgullosa humedad del mar, que golpea y arranca a cada oleaje, que crece y arrastra la playa cada luna llena. La mar tirana que impone su soledad a todos, pero te otorga a ti la protección de la sal, la que se confunde con la arena y se impregna en el aire de esta ciudad, y que tu cuerpo guarda en la alforja del sexo. Cambios de intensidad que se combinan: mi boca obedece a tu voz, tu voz que obedece a mi cuerpo. La poesía en que convertías cada palabra me obligaba a perderme, a hundirme en ese oleaje salado que traías desde tu playa solitaria hasta esta ciudad encajada sobre el salitre de las paredes, alquitranada sobre la polilla de los tablones; rescoldo de mar los labios vaginales, tu lengua seca por la agitación de la pasión y la poesía, la mía absorbiendo los sudores, los tuyos. Las palabras raspaban tu garganta al salir, apagadas; seguías empeñada en distraerme con el acento dulce de tu voz: una canción, un sueño: el rostro afilado y rojizo de un indio con la vista fija en el horizonte, aunque en su mirada brillaba un carácter antiguo y oculto. Fue entonces cuando soltaste tu cuerpo a tu voluptuosa libertad, a sus sudores, sus jadeos, sus temblores. Ya no recitabas, te diste vuelta sobre la cama y me otorgaste a mí la libertad de admirar tu espalda tersa y sudorosa.

Era tarde ya cuando decidí levantarme. El sol que entraba por la ventana calentaba la habitación y hacía que

el edredón perdiera sus colores. Entré al cuarto de baño para ducharme, tan refrescante era sentir el agua fría en la cabeza con el bochorno del verano. Salí desnudo, goteando sobre el piso de madera, a vestirme en tu cuarto, frente a todos tus recuerdos. No escuché ni un solo ruido, ni siquiera en la calle. Pensé que habías salido a algún encargo, a comprar el periódico o algo de comer, pero cuando salí de la recámara te descubrí acostada sobre un sofá, cubriéndote las piernas con una cobija, profundamente dormida. Tu brazo colgaba lánguido a un costado, las piernas estaban encogidas, arropándose. Yo te miraba de pie, encantado de encontrarte en una posición idílica, llena de significados. Estuve mucho tiempo observando tu boca y tu mano anidando juntas, como contándose secretos, pero no pude

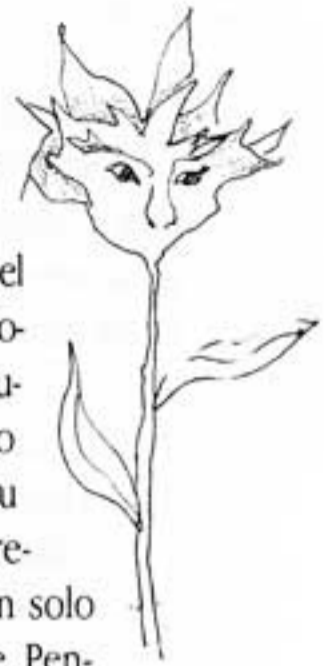
soportar la nostalgia de tu mirada. Comencé a acercarme a ti cuando abriste los ojos. Te veías pequeña y frágil hasta que tu cuerpo despertó y tomó su proporción real, la que yo recordaba.

Estiraste los brazos hacia el techo doblando las muñecas hacia tu cabello revuelto. Apretaste la boca que palidecía por la presión y se alargaba hacia las comisuras.

—Despertaste al fin—. Me senté a tu lado y te acaricié la cintura.

—¿Es muy tarde?

—No, queda tiempo para comer. Puedo ir a comprar algo si quieres.



—Tengo todo en el refrigerador.

Me levanté y fui a la cocina, tú lo hiciste después perezosamente, y al levantarte dejaste caer un libro pequeño de pastas amarillas.

—Voy a cocer unas papas. ¿Tienes mucha hambre?

—¿Piensas hacerme de comer?

—Claro, ¿no te quieres arriesgar?

—Bueno —dijiste dejando que sa-

esposo nunca me hacía de comer”, ni siquiera dijiste “el director de la escuela donde doy clase nunca me ha hecho de comer”. Sólo dijiste “nadie”. Yo no supe a cuánta gente incluías en ese “nadie” y ni siquiera me importó, estaba feliz de cocinar para ti y sobre todo de inaugurar una sección especial en tu memoria.

—Voy a hacerte algo rico de comer.

—No tienes que hacerlo, yo...

—Quiero complacerte —te dije y encontré la claridad de tu mirada fija en mí.

Te besé con calma, con el paso tranquilo con el que un hombre recorre el cuerpo de una mujer. Me besabas con tus labios juntos como guardando silencio, sin tu lengua, sólo tus labios que se acurrucaban en los míos como en el lugar perfecto para seguir durmiendo; como si tus labios, rubicundos también, quisieran cubrirme y protegerme.

—¿De quién era el libro que leías anoche?

Me miraste intrigada, no creías que yo hablara en serio, no te imaginaste nunca una pregunta, estabas preparada para un desconcierto o para una súbita alegría, me imaginabas apenado o quizás algo nervioso pero nunca inquisitivo, nunca con ánimo de poseer. Yo te tomaba la cadera y te preguntaba la primera de muchas dudas que tú habías provocado, y aunque no ibas a contestar a todas, te admirabas que tuviera el valor de preguntar, el deseo de saber.

—Es poesía —me dijiste sonriendo—. Es Arthur Rimbaud.

—Ahora sé quién te hace compañía



liera poco a poco el brillo que anoche tenían tus ojos—. Nunca nadie me había hecho de comer.

Me encantaba cuando hablabas así, con esa sutileza que usan las mujeres para envolver un regalo pequeño, con la pícaro sonrisa de satisfacción que provoca dar un paso de baile perfectamente ejecutado. No dijiste “mi ex

Bautizo

Carla Patricia **Quintanar Ballesteros**

Casa Universitaria del Libro

**Un bautizo tan breve como un
cuento y tan largo como un destino**

Dijeron que te ibas a llamar Mario, o María, que no importaba con tal de que acudieras cada vez que escucharas tu nombre: Mario, o María.

También te advirtieron que a lo mejor no te dirían Mario ni María, que podían llamarte imbécil, o estúpida, y que igual debías acudir.

No estuviste de acuerdo, pero te quedaste en silencio. Abriste los puños y colocaste tus palmas hacia arriba, a la altura del pecho. Ellos pusieron una gragea roja en tu palma izquierda y una gragea azul en tu palma derecha.

Tal vez dudaste, o tal vez no, eso no importa: introduces la gragea roja en tu oído izquierdo y la azul en el derecho.

Dicen que te llamas Mario, o María. Estás de acuerdo ◉

• 23



Un viaje corto

Andrés **Moreno Castro**

CCH Vallejo

**Un cuento que es en realidad un cuadro
que es en realidad un entierro**

El jamego cojo puso en movimiento la carreta; va golpeando los adoquines de una calle que conduce a las afueras de la ciudad, las casas van espaciándose, los faroles escasean. La ciudad termina donde nosotros acabamos. A medida que nos aproximamos a la última linterna los viajeros se ocultan, la oscuridad va cambiando los rostros, ahora son desagradables y lastimosos. Es agobiante soportar las voces, el chirrido de las ruedas y el olor a formol.

La gente extraña, las ruedas de hierro y madera, la carreta llena de fango y polvo, los tejados y los muros de adobe, las calles largas y vacías, sólo de vez en cuando las cruza una sombra que se pierde rápidamente al doblar una esquina, es un opaco reflejo que se borra y no regresa.

Hastío. Ese famélico cuerpo a mis pies, ya frío y lleno de extrañas erupciones en el cuerpo, como escarlatina. Está desnudo, aceitoso; la delgadez de su espalda muestra su espina dorsal como la hoja de una sierra y pueden contarse sus costillas a través de la piel. Los pies torcidos como varas se amarran a sus tobillos.

Desconozco ese cuerpo que evoca mi recuerdo familiar, tal vez mi padre o el viejo vecino de la pierna gorda y gangrenada, que sin falta todas las mañanas salía a maldecir, y aunque este hombre tenga cara de imbécil, no dudaría un lejano parentesco.

Imagino a la gente vestida de negro alrededor de una fosa, en la que descansa una caja previamente adornada; al otro lado, otras personas vestidas de negro, tienen en su boca instrumentos de viento, pequeños atriles con partituras hacia las cuales los músicos dirigen sus miradas; tocan monótonas marchas, y sus rostros ya son tristes por costumbre.

El conductor sigue de frente, sus mecánicos movimientos los advertí desde mi abordó y ahora se ha detenido y me dice: "Ahí está su hotel". Bajo, y la carreta vuelve a ser jalada por el flaco caballo. El cielo ha empezado a clarear ●



Cecile

Gerardo **Ramírez Monroy**

CCH Sur

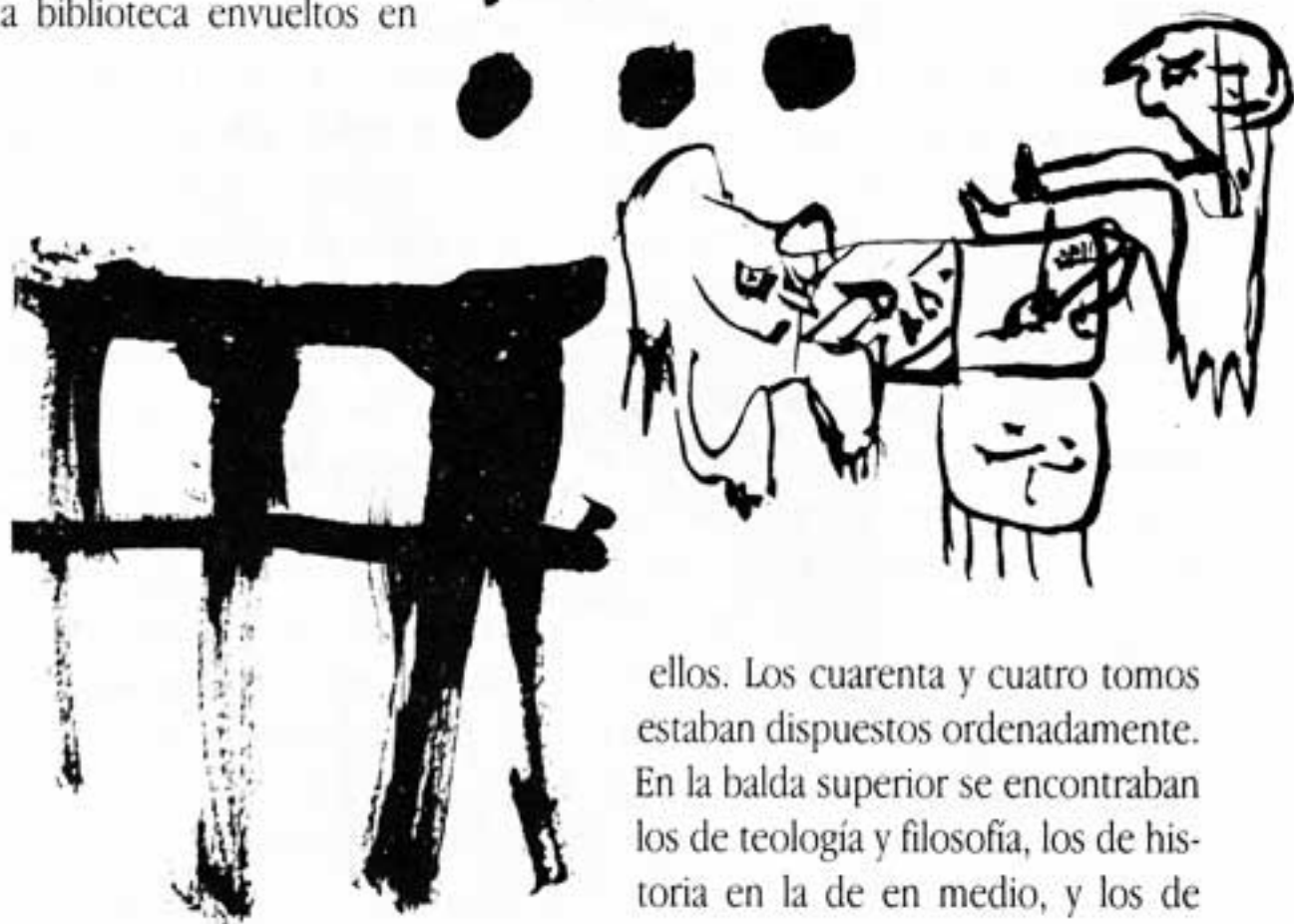
El héroe envolvió su figura de sauce en un amoroso abrazo murmurando, Sheila, amor mío.

James Joyce

Dos realidades, tres personajes, un cuento

Al bajar del tranvía las manos se buscaron, se empalmaron seguras, se protegieron. Una vez salvada la inercia y ya en la calle, sobre baldosas recién barridas caminaron hasta llegar a Tacuba. Salteadores de la distancia, apresurando el paso y requiebrando sombras dieron vuelta en Bolívar. Movíanse con la perpetua sensación de que el tiempo y su alevosa prisa los devoraba. Insigne el edificio con su arco principal bien resuelto y su portal fortificado y ahora con un compás de duelo porque se sabían cómplices, penetraron seguros y ascendieron al segundo piso de la biblioteca envueltos en

esa bruma clara de los pasillos. Recorrieron presurosos los estantes, quebraron el paso en la séptima fila, coincidieron en bajar la cabeza para evitar el golpe con una barra que detenía la inclinación de los estantes y salieron embistiendo la claridad de la sala. Una paz inerte, propia para exequias, desfloró la exquisitez de encontrarse con los libros. Inmanentes a la dicha, al placer encontrado y con la espesa certeza de que se encontraban allí, eligieron los volúmenes de lomos gastados. Sabían que inexplicablemente el espíritu de Sir Julius estaba con



▸ 25

ellos. Los cuarenta y cuatro tomos estaban dispuestos ordenadamente. En la balda superior se encontraban los de teología y filosofía, los de historia en la de en medio, y los de



poesía en la de abajo. Esta pequeña biblioteca que había sido de viaje era una caja forrada que semejaba un gran libro. En la tapa o puerta se encontraba el índice, y en hojas separadas la explicación conjeturada en *altas* de la disposición de los libros.

Incrédulos y satisfechos, sentados juntos, disfrutaban volver las hojas sin importarles comprender el código del escribano en turno. A ella, siempre piadosa y enamorada, el *Salterio de Gorleston* la hacía sentirse alejada; distante su vista, se veía frente a una librería tirada por caballos en la que podía deletrearse, en la puerta del cajón estante, Warrington, y un hombre

vestido a usanza antigua le hablaba en no sé qué idioma.

Cecilia abrió la boca sin darse cuenta y dijo: Sí. Y miró sorprendida a Diego. Apenada por su propia culpa tomó a Diego del brazo. ¿Puedes leerlo? preguntó. No, dijo ella, y le llevó la mano y la recorrió por la segunda línea y expresó que un hombre le señalaba en posición de ruego. Su presencia extraña, confesó a Diego, la estremecía, haciéndola sentir ajena y lejana.

No fue necesario llegar allí al siguiente día porque el sueño, ese viaje de alas ensoñadas y en posición ascendente y jubilosa, la había llevado a Warrington. Había sentido la espesa sensación de encontrarse en una calle que, aunque protegida por barandas en la parte céntrica, el lodo y el agua del río no cesaban en su empresa por inundar las veredas. Vestía a la usanza y pidió auxilio cuando el hombre le acercó el brazo para despojarla del catálogo de libros de Gorleston. Este incidente le trajo a la mente que se encontraba dormida y que de esta instancia saldría en cualquier momento. Sobresaltada despertó. Los ojos homicidas, la mirada confusa, desfigurada en alternación maestra la postraba en el fondo de sí misma frente a un Diego que amándola la protegía. ¿Qué había dicho la señora Dekker, qué sus ojos ensombrecidos? Cecilia comprendió la sustancia de su sueño, de su instantánea en paralelo que a *cappella* y a rebato la había llevado a sentirse otra. Comprendió que el llanto de un hombre que deseaba el amor se había perdido en una página completa.

La timidez o tal vez la conjetura guardada en su memoria la impedían del sosiego y la orillaban a confesar a Diego el entorno prometido. Se sabía en una Inglaterra vieja e imprecisa, dijo al fin, y le anunció a Diego que cuando la guerra civil y con los irlandeses como contrincantes, Cromwell

hablando de la religión en *la misa de todos los santos* había dicho que no era la primera cosa impugnada por Dios, y aunque los ingleses habían servido al rey en Holanda durante el reinado de Isabel, no sabían lo que era una guerra. Nunca le había sido difícil comprender la historia, pero sintiéndose allí vivía la angustia que le dejaba la sorpresa. La cabeza inclinada sobre la almohada y la extrañeza exhaustiva dejaban a Diego ausente. No podía comprender y una sonrisa leve le exigió a Cecilia que siguiera hablando; sin embargo, la alegría como una extensión de lo bueno la fortificaba para seguir en esa lucha interna que la agobiaba.

El halo y la excitación de acercarse conscientemente a los gruesos y antiguos volúmenes crecía y de manera desmesurada se iba apartando de sus intereses más claros. ¿Cómo encontrar la salida, el pasaje a ese despertar que se vislumbra asaz incierto? Una nueva paz la envolvía, porque el deseo de encontrarse allí superaba cualquier sensación ingrata. La altivez la llevó a raudos a sentirse ella misma en esa soledad que la aprovechaba. Había aprendido a vivir la angustia y la tristeza, el desvelo y la desmejora de sentirse abandonada, desprotegida por la inminente sensación de sentirse alejada.

Atizó la estufa de carbones encendidos y supo que se encontraba en afortunada espera, abajo el río y ese escrupu-

¿Cómo encontrar la salida, el pasaje a ese despertar que se vislumbra incierto?

loso galopar del tiempo que abrigaba la esperanza de salirse del sueño en donde vana la insistencia, la voluntad vencía por estar en ese agradable deseo de darse a sí misma y comprender la nitidez que ahora vivía.

Al atardecer, la señora Dekker se incorporó cuando Cecile le extendió su mano, una extrañeza que la hizo acercarse a ella y sentir el sentimiento maternal que la protegía. Cecile le habló de Diego y dijo que lo amaba y que del otro lado del sueño la protegía, y la señora Dekker comprendió esa instantánea certidumbre. Comprendió Cecile que al llegar a la puerta de postigos labrados, debía alzar la aldaba sin evitar sentir con la yema de los dedos las grecas que en forma de cuadraditos circulados adornaban la puerta.

Supo en ese momento que Warrington seguramente era una población y que no estaba en Maryport, ni en Burrow Wall ni tampoco cercana a Lancaster; sin embargo, seguía pensando en que Cromwell le era familiar, aunque nada había de cierto por-



Ya la besaba en la boca delirante, ya en la hermosa cabellera ensortijada

que en la decadencia del siglo tercero no existían paredes tan bien protegidas como las que se alzaban frente a su vista. Construcciones de Benwell o Haltoncherter o posiblemente Birdoswall. ¿En qué siglo se encontraba? Entreabría los ojos encantados cada vez que una angustia la probaba.

Diego, en calidad expectante e insólita, se inclinaba para besarla delicadamente temiendo estropear su pequeña voz extraña, ya la besaba en la boca delirante, ya en su hermosa cabellera ensortijada. Miró sus ojos y comprendió entonces el dolor y el placer que la acogían furtivamente. Lastimosamente, Cecilia comprendía su esperada ausencia y un desdén extraño se fue apoderando de su libre voluntad inquebrantable. El sueño se apoderó de ella y solamente la presencia de Diego a deshoras y en angustiada espera la hacían recordar. El médico en turno le exigió y la exhortó a reponerse, a procurarse la vida. Cecilia no despertó a la hora acostumbrada porque el asedio la debilitó cuando logró encontrar al hombre con los índices

del *Salterio de Gorleston*, y así como la interpelaba un juez, la comunidad la observaba extraña. Cuando el juez principal le pidió que declarara a la corte su procedencia trató de recordar Warrington. El asedio y la tolerancia de uno de los jueces la ayudaron y así relató un pequeño informe. A trancos salió de esa empresa y se vio con los catálogos bajo su brazo. Necesariamente la señora Dekker sabría qué hacer y se dirigió a su casa.

La señora Dekker la cuidaba porque la fiebre no cedía. ¡Puzzle! dijo al fin cuando Cecile recobró de pronto la consciencia y relató su vida con Diego cuando caminaban por una calle de baldosas recién barridas.



Fría conformidad del agua

Béla **Braun**

Escuela Nacional Preparatoria

**La liquidez del torrente
en un poema**

Todo emana de su centro
y se derrama y nos moja
y nos llena de su esencia
insabora y calma.

Como torrente sigiloso,
transparente,
el silencio ha envenenado
el agua de los ciegos.

Sentir el tacto
paralizante
de esta conformidad
que no se detiene
y no pasa.

Un intento
para detener la risa,
una esquirla mortal.
El funeral lluvioso
de las distancias
que ya no recorreremos.

La luz se disfraza
de cuerpos y palabras
y caminos.
Desiertos
que se esparcen
para encontrarnos
y que todo sea un principio
que juega a dar paseos
en torno de lo que nunca
dejará de ser.

Fría conformidad del agua
en que la voz
ve ahogada su propia esperanza ●

El león

Christoph Meckel*

Traducción de Ricardo **Corchado**

Facultad de Filosofía y Letras

Un león aparece intempestivamente, como de cuento, en la vida de un hombre

Por la noche llegó un león a mi casa y se echó a mi lado. No me enteré enseguida de que era un león. Escuché pisadas y manotazos por toda mi casa, cuyas puertas se encontraban abiertas. Vi una figura que entró extensa y oscura a mi habitación, luego me olfateó y se acostó junto a mí. Más tarde reconocí a media luz a un león.

Resollaba fuerte y regularmente, y daba la impresión de haberse quedado dormido pronto. De su melena exhalaba un olor a moho y hojas, a tierra húmeda y fresca, y un aroma salvaje de animal que me narcotizaba. Advertí que el león estaba mojado, pues de su pelaje caían gotas. Despedía frescura en torno a él. Tal vez debió haber cruzado nadando el río próximo para llegar hasta mi casa.

Era otoño, vientos frescos corrían en la llanura y refres-

caban mi casa, que todavía estaba caliente por el verano. Venían desde las mesetas o desde el mar y por las noches se les oía resoplar con fuerza. Esa noche dormí bien. También el león pareció haber dormido tranquilo

y muy bien; poco

antes de la mañana su cuerpo empezó a despedir calor.

Al amanecer me desperté; el león ya se había levantado y se hallaba parado ante mi casa donde, horas más tarde, cuando salí de mi habitación, seguía todavía de pie, mirando hacia el gran río.

Lo llamé a señas y lo alimenté con carne que conservaba en casa. Esperaba que el león me dirigiera algunas palabras, mas guardaba silencio con insistencia; es verdad que a veces me contemplaba con sus ojos negros; sin embargo, me daba la impresión de que no tenía



nada que comunicar. Dejé de esperar que me hablara. Solía platicarle en mi lengua y me parecía ver que comprendía.

Las noches siguientes el león volvió a dormir a mi lado. Pasaba los días cerca de casa. A contraluz lo veía negro, erguido sobre una colina y mirando en dirección al mar. Lo veía parado junto al río, y con la cabeza inclinada miraba en el agua que corría. En ocasiones andaba trotando por toda la casa o se quedaba echado en el sol, junto a las paredes de mi casa o en el umbral de la puerta. Se movía lento y callado. Yo me dedicaba a mis actividades de costumbre y en el día me lo encontraba más seguido.

Una vez, cuando salí de casa por largo tiempo, le dije al león: Tienes que decidirte, si durante mi ausencia, la cual puede durar muchos días, vas a permanecer dentro o fuera de la casa, pues quiero cerrarla. En lugar de dar una respuesta se acostó en el umbral de la puerta y comprendí que no debía cerrar mi casa. Partí sabiendo que quedaba segura. Cuando volví, durante las lluvias de fines de septiembre, el león se encontraba echado detrás de la puerta con los ojos abiertos. Cuando me distinguió se paró delante de casa. Dentro todo se encontraba tal como lo había dejado. Le di las gracias al león y le serví mucha carne que le había traído.

A menudo el león permanecía sentado a mi lado cada vez que me paraba a la orilla del río a pescar. Olfateaba los pescados y me miraba con atención. Me acompañaba al bosque cuando iba a cortar leña (en ninguna otra parte por aquí había leones) y dormía todas las noches a mi lado. Tiempo después me abandonó el león.

La primera nevada se cernía en el aire. Una mañana, durante el crepúsculo, mientras se levantaba, me rozó para despertarme y me miró. Aquello

lo consideré una seña de despedida, lo acompañé hasta la puerta de mi casa, lo vi caminar bajo la lluvia hacia el río, lo vi cruzar el río nadando y hacerse más pequeño bajo el velo de la llovizna, al otro lado de la llanura, y luego desaparecer.

Ése fue el único acontecimiento en aquel año en mi casa junto al río. De otros acontecimientos no me acuerdo, tan sólo de aquellos que tuvieron que ver con mis actividades, cosas insignificantes. El invierno vino y se fue. El frío se cernía con un tono

Esperaba que el león me dirigiera algunas palabras, mas guardaba silencio con insistencia

verdoso, humeando sobre el río que debido a su fuerte torrente estaba descongelado. El cielo se encontraba claro como cristal y pleno de nieve. Fui a visitar a algunas gentes de las cercanas y lejanas inmediaciones, otras vinieron a visitarme a mi casa. Al león no lo vi en aquel tiempo.

En la primavera reparé el tejado de mi casa, reemplacé la mitad de las vigas por maderos nuevos, renové los pisos de duela y los mosaicos, y me dediqué a mis actividades tal como estaba acostumbrado. Las balsas pasaban navegando río abajo hasta el mar. Seguía albergando la esperanza de que el león viniera a visitarme otra vez a mi casa, pero no lo estaba esperando. A principios del verano vi venir a lo largo de la llanura del otro lado del río a un jinete embozado sobre un asno. Atada a una larga cuerda se cernía delante suyo una enorme lechuza roja que allá

en las alturas trazaba sus círculos en el viento. El jinete cabalgaba río arriba. Dando gritos por encima del río nos dirigimos saludos, preguntas y respuestas que no



entendíamos mutuamente debido a la considerable distancia. Se me ocurrió la idea de que el jinete tendría cierta relación con el león. Cuando se marchó, lo olvidé enseguida. Por varias semanas no ocurrió nada y continué realizando mi trabajo. Una noche de verano estaba parado un asno a la otra orilla del río y sostenía en el hocico un pescado negro. Sin duda, al estar bebiendo debió haber atrapado al pez. Cuando el asno me vio, volvió hacia atrás con saltos rápidos y echó a correr hacia la llanura. Al pescado lo llevaba consigo en el hocico. Llegó el atardecer y perdí de vista al asno. No volvió a ocurrir nada por largo tiempo. El verano resplandecía sobre la llanura. Yo me dedicaba a mis actividades como de costumbre. Me agradaban el calor y la luz. De noche quedaban abiertas las ventanas y puertas de mi casa para que pudiera entrar una corriente de aire y expulsar el calor que durante el día se había acumulado en las habitaciones. En ocasiones me acordaba del león y pensaba en él con alegría. Pero ya no volví a verlo.

A fines del verano, cuando el mediodía tremolaba caluroso sobre la llanura, vi venir al jinete embozado río abajo, cerca de mi casa. Atado a una cuerda le seguía el león que una vez había estado en mi casa. Sobre la espalda del león estaba posada la inmensa lechuza roja que resultaba mucho más grande que el león. En el pico sostenía al pescado negro. El león daba la impresión de cargar con dificultad a la lechuza. Movía las patas lentamente y caminaba con la cabeza agachada. La pequeña caravana pasó muy cerca de mi casa. El león, la lechuza y el asno me miraron, yo me encontraba en la puerta de mi casa. El embozado volvió la cabeza y me contempló largo tiempo con las blancas rendijas de sus ojos. El león me miró por más tiempo. Yo esperaba que el grupo se detuviera junto a mi casa, quizá para preguntar por agua fresca, pero sólo pasó y desapareció lentamente en la llanura río abajo. Por un largo rato seguí con los ojos aquel desfile. Ese día desatendí mis actividades.

No volví a ver a ningún grupo. Vecinos que tenían sus casas alejadas a varios kilómetros en las colinas al río, recuerdan también haber visto el desfile aquel día. Durante ese acontecimiento no ocurrió nada más. A veces me acuerdo de ellos y los días en que pienso en el león desatiendo mis actividades de costumbre ●

Tomado de: Christoph Meckel, *Ein roter Faden, Gesammelte Erzählungen*, Munich/Viena, Carl Hanser Verlag, 1983, pp. 12-15.

* Christoph Meckel nació en 1935, en Berlín. Estudió artes gráficas en Friburgo y Munich. Vive y trabaja en Berlín como escritor y dibujante. Ha escrito un sin número de libros de poesía y prosa entre los que destacan *Bocksborn* (1973), *Nachricht für Baratynski* (1981), *Der wahre Muftoni* (1982). Meckel ha sobresalido también como excelente dibujante y ha montado numerosas exposiciones con sus dibujos.

El mar en el estadio

Para Ives von Gunten

Julen **Ladrón de Guevara**

Facultad de Filosofía y Letras

¿Dónde está el mar? Este relato lo sitúa en la playa del asombro



Nunca tuve la oportunidad de ver conscientemente el mar por primera vez. Con seguridad podría contarlo entre las mejores experiencias de mi vida si a los quince años se me hubiera dado como regalo; por desgracia ya lo conocía y no sé desde cuándo. Lo que sí recuerdo bien fue cuando, en un campamento que hice a los doce años a Veracruz, dos de mis compañeras de viaje jamás habían estado frente a una playa, no habían tenido la ocasión de sentir la inmensidad de saberse diminutas. ¿Puede existir algo más emocionante que ver la cara de quien por primera vez se topa de frente con el mar y camina por la arena sintiéndola *hervir* entre sus dedos? Al menos no para una niña de doce años. Recuerdo también que desde que salimos de México, cada cien kilómetros recorridos eran una hora menos de sueño para mí, no podía permitirme llegar a Veracruz dormida.

Las pasajeras en cuestión dormían hasta los ronquidos sin imaginar que las espía, era divertido imaginar si la redondez de sus ojos era lo suficientemente grande como para ser llenados de golpe con semejante monstruo. Ellas roncaban y yo moría de envidia. En los últimos metros antes de tocar el puerto despuntó el sol mientras yo me consumía de nervios, no quería echar a



perder nada y esperé quince minutos de dos años. Finalmente, cuando estaba lo suficientemente claro, las desperté y les pregunté si querían ver por la ventana; voltearon fastidiadas de que les hubiera arrebatado su descanso y se acomodaron para volver a dormir. Nada, ni la visión del mar podía corromper su ineptitud visual, sus malditas pocas ganas de descubrir lo eterno, su infinita inmadurez emocional. Después de eso todo me pareció cotidiano, aún los escupitajos espumosos que llegaban hasta la playa donde se instaló nuestro campamento, incluso dormir por primera

de toda clase de chácharas alusivas al encuentro que se vendían en la acera que rodeaba al campo. Nunca hubiera imaginado para qué servían tantas cosas si no fuera por el hermano de mis vecinas, que nos consintió comprando cada una de las cosas que señalábamos con curiosidad; en esos momentos estaba siendo introducida a una de las religiones con mayor cantidad de adeptos en el mundo. Los rituales básicos consistían en ir identificando a los de la porra conveniente a chiflidos entrecortados mientras, indescriptiblemente, al mismo tiempo se le mentaba la madre a los del equipo contrario. Yo, por mi parte, hacía lo propio. Me sentía parte de un grupo, éramos muchos y sin embargo "los nuestros" nos identificábamos sin problema.

El todopoderoso colectivo enfrascado en discusiones infértiles de pronto se quedó sin voz cuando se abrieron las puertas. En ese pequeño momento nadie se acordó de la fraternidad que nos unía desde hacía media hora y la masa compacta corrió como amotinada hacia las gradas aún vacías. Esperamos prudentemente, bajo riesgo de quedarnos parados todo el encuentro, para no ser atropellados; subimos más a gatas que de pie las escaleras y cuando me incorporé ahí estaba: el mar verde de pasto limpio, casi fosforescente. La sensación que me causó la impresión visual de tan inesperado encuentro fue absolutamente abrumadora. No había nadie parado dentro del campo y me embriagaba la visión de su extensión. La porra del Atlante y la marejada de olas de colores uniformes no pudieron quitarme de la cabeza lo que acababa de descubrir. Francamente no recuerdo ni cómo quedó el marcador final ni contra quién jugaba el equipo anfitrión, pero estoy segura: fue como ver el mar por primera vez ●

La sensación de tan inesperado encuentro fue abrumadora

vez al lado de alguien que no era de mi sexo aunque no ocurriera nada, porque nada ocurrió.

Un año más tarde al hermano de mis vecinas, que eran como diez, se le ocurrió llevarnos a ver un partido de fútbol. Cuando llegué a su casa, los preparativos para el partido me parecieron como de día de campo: tortas de jamón con frijoles, *boing de triángulito* para todos y una bandera de dos metros con los colores del Necaxa "por si hacía falta".

Una vez en las afueras del estadio me sorprendió la cantidad de puestos

Los Ganadores del Concurso 31 de la revista

Presentamos enseguida tres de los trabajos ganadores y dos de las menciones honoríficas del Concurso que convoca anualmente Punto **de partida** (además, las viñetas premiadas han sido insertadas a lo largo de este número).

En la edición 31 del certamen concursaron más de 400 estudiantes, así que no fue fácil para los jurados seleccionar los mejores cuentos, poemas, obras teatrales, ensayos, viñetas, fotografías, fragmentos de novela y traducciones.

Esperamos contar siempre con una participación tan copiosa.

En los siguientes números aparecerán las demás obras premiadas, que muestran, junto con las presentes, la vitalidad de las letras universitarias ●



¡Por qué no me llueven alacranes de una vez por todas!

Mauricio Eugenio **Galaz Dávila**

Fragmento de la novela de un joven que está perdiendo a su mejor amigo

Yo me hubiera resistido, pero Ramón me rogó demasiado; al fin y al cabo qué podríamos perder en una fiesta de casi puro desconocido. En menos de lo que canta un gallo estábamos tocando la puerta de Quirarte...

—Qué bueno que vinieron —dijo el unísono, conformado por Olmedo y Quirarte.

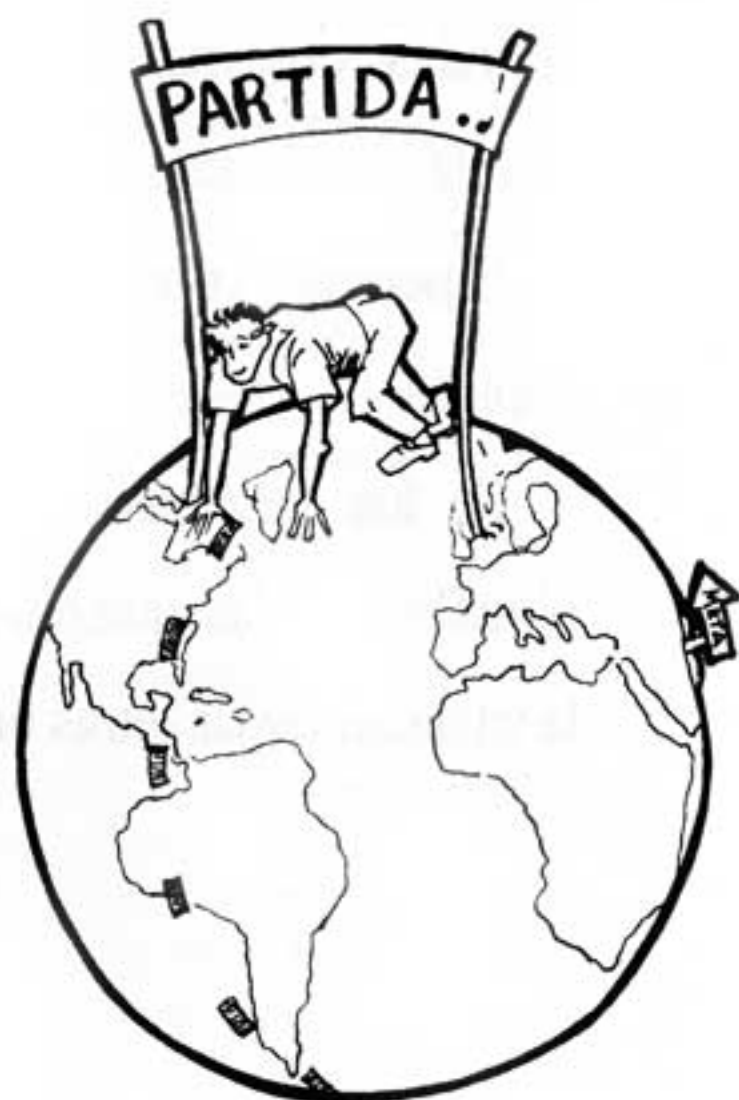
Mi mente esbozó las peores posibilidades. ¿Qué nos harán? Una novatada..., pero no puede ser; si los nuevos son ellos. Pero sí una humillación, un robo, un petardo... o quizá un estupro... ¡Madre mía, pero qué cochambre de mente me cargo! Así tendré la conciencia. Me iré a la limpia con las brujas de Catemaco....

—¿Algo de tomar?

Yo me negué; llevaba más de un año sin tomar, pero ya ni me interesaba. Ramón sí tomó... a lo mejor se pasó un poquito. Empezó a contarle chistes a cada una de las treinta personas que ahí se encontraban. A mí, ni uno de gallegos. Pronto se hizo el monedita de oro, convirtiéndome a mí en

Facultad de Filosofía y Letras

corcholata raída, de esas que nadie quiere, que nadie ve. Y es que tengo que aceptar que Ra era muy, pero muy cagado, y yo, aunque no antipático, me ofuscaba junto a él. Por supuesto que nunca me comparaba, porque yo sabía que él nunca podría hacer cosas que





yo sí y viceversa... Me limité a observar cómo mi querido amigo se convertía en un hilarante par de ojitos bizcos, por lo que no me di nunca cuenta de que Olmedo se acercaba a mí por detrás...

—Me dijo algo sobre ti —me susurró apacible, como si lamentara algo.

—¿Ramón?

—Sí —asintió, y luego bajó la mirada—. Que te haces el raro, el interesante..., pero que son puras falsedades.

Sentí un topecito en mi respiración. Saqué un cigarro; con el humo los topecitos fueron dándose uno tras otro, constantes, tercos, céleres...

—¿Eso te dijo de mí?

Movió la cabeza, asintiendo, pero no me miró a los ojos y por eso la fuente no me pareció fidedigna. Pero qué tal si sí lo había dicho...

—Mírame a los ojos.

Lo hizo. Traté de clavarme en sus pupilas, para lograr que no se desviara ni la esclerótica: debía verme a las pupilas y no mover sus ojitos de ahí.

—¿Eso te dijo de mí?

—Sí. Pero no se lo vayas a decir.

Traté de reír, pero ni siquiera me salió; pareciera que la clase de teatro no había servido de nada. Logré la seriedad más pasiva, la más seca, la más enteca.

—Bueno, él pasa horas frente al espejo ensayando su risa para que le salga natural. Así, le cae bien a la gente, haciéndole creer que verdaderamente es simpática.

Casi pude adivinar la imagen de su mente: él mismo haciendo reír como orate a Ramón. Y pensar que Mario se había creído de un simpático que qué barbaridad...

—¿En serio hace eso? —preguntó con inmensos ojos caídos.

—Sí —contesté, para después sonreír mientras me levantaba—. Pero no se lo vayas a decir.

Más al rato, cuando tomé la decisión de partir fui en busca de Ramón. Estaba muy divertido, no se quería ir, me rogaba un par de minutos más...

—No hay problema, yo lo llevo —habló Olmedo— y, como si fuera su “cuate”, abrazó por los hombros a Ramón, y hasta se rieron juntos.

—¿Seguro?

—Claro.

—¿Seguro, segurísimo?

—Te digo que no te preo...

—Bien, yo nunca insisto más de dos veces. Buenas noches.

Ni me contestaron porque inmediatamente se pusieron a platicar, como “cuates” que ya eran. Me subí al carro y manejé como mi mamá en el Periférico, cosa que resulta terrible para el resto de los conductores y transeúntes. En tres segundos estaba en la puerta de mi casa, con la pesadísima sensación de haberme olvidado en la fiesta y de no tener sentido para tocar el timbre. Lo que es peor, sólo me había sentido así una vez antes en mi vida: cuando me robaron, que ya ni me acuerdo qué fue, pero así me sentía... Mi madre me abrió la puerta y me notó pálido. Habló conmigo esa noche y yo le comuniqué que sentía que mi mejor amigo podía llegar a alejarse de mí. En mi mente se pintaban solitas las imágenes que posteriormente al pinche día siguiente se harían realidad:

Olmedo y Ramón platicando de sus aventuras y diversiones, de las que he sido asunto cabalmente excluido; caminando juntos, rientes por el pasillo; recordando sus reuniones dionisiacas en el baño... Y yo: "Hola Fer, adiós Fer" (porque eso sí, me tratan con mucho cariño al decirme "Fer", el par de míseros "cuates"). Un güey robado, sin más ni menos.

—Ramón y tú son amigos desde que son unas pirinolas, hijo. Tu mejor amigo sólo se quiere divertir un poco, pero no significa que lo vayas a perder.

—No, ¿verdad? Sí, creo que es tonto pensar en eso.

—Sí... No te preocupes, mi amor, todo va a salir bien.

—¿Ah sí? Eso díselo al gato que atropellé hace rato, que a deshora se cruzó en la senda de mi camioneta, por lo que ahora es sólo una masa de pelusa y tripas asida al asfalto, y para desasirla me cae que va a estar cabrón (¿pero quién va a interesarse en desasirla?, me cuestiona el hígado).

—¿Qué derecho tienes tú de matar a un gato? —se oyó decir desde mi mesa.

—¿Quién eres tú?

—Soy tu cenicero —dijo el cenicero. Tu más fiel compañero.

—Pues ahora sí te creo eso; tú eres el más fiel.

—¿Por qué mataste al gato?

—No sé. A lo mejor él se suicidó. Yo sólo fui el cuchillo, el empujoncito a las vías del metro, el revólver...

—Tú lo mataste.

—Ningún gato sobre la tierra es lo suficientemente pendejo como para lanzarse a las ruedas de una camioneta en movimiento.

—Ningún hombre sobre la tierra es lo suficientemente pendejo como para lanzarse con todo y camioneta en movimiento sobre las tripas de un gato.

—¿Me estás llamando pendejo?

—A estas alturas no sé cómo carajos se te debe llamar.

**¿QUIERE ELECCIONES LIMPIAS?
LAVE SUS CREDENCIALES PARA VOTAR
CON AGUA Y JABÓN ANTES DE VOTAR
Y DESPUÉS DE IR AL BAÑO...**



—Mira, ya párale, ¿sí? El gato se lanzó a las ruedas, ¡y cada quien es dueño para hacer de su culo un papalote!, así que deja de fregar.

—Eso, lo del papalote, es lo que necesitas aprender tú.

—¡Yo sí hago de mi culo un papalote!

—¡Pero te molesta que cada quien sea dueño para hacer de su respectivo culo un papalote!

—¡No es cierto!

—¡Sí es cierto!

—¡Demuéstramelo!

—¡Una palabra: Ramón!

—Eso no es cierto. Yo estoy feliz por él, porque se divierta...

—Si te confieso algo, mi querido Fernando, no he visto a ser humano fumador más descontento con su mejor amigo que tú. Y lo que es peor, no he visto a ser humano fumador que tenga más envidia que tú y que esté más ardido que tú.

—Lo dices como si los no fumadores fueran mejores.



teléfonos en el refrigerador, del que saca un empaque de leche, para servirla amorosamente en el plato del perro. Resultados: nadie en Rancho San Juan sabrá dónde quedó el directorio de teléfonos; al perro le acometerá el chorrillo más mén-digo de su cándida vida; el gato no va a dejar de quejarse en todo el día porque le falta su leche...

—Hoy va a ser uno de esos días —canta Zenaida, mientras se acerca a mí para intercambiar el “paquete”. Habrá que ver qué barbaridades puso en la lista.

Zenaida tiene razón; nunca encontrará “tres litros de carne”, ni menos “recoger a Marianito a las cinco y media”... Mientras corrige paciente la lista, me acerco a una de las puertas de la sala que da al aire libre. Lejos de la casa, Conchis recorre uno por uno los portones de la caballeriza, con unas llaves en la mano.

—¿Qué está haciendo ahora? —le pregunto a Zenaida, quien se asoma desde la cocina para contestarme.

—Ah, anda buscando su coche.

—¿En el establo? ¿Ahí lo guarda?

—No sé. No creo. Aunque puede ser. Pero lo que hace por lo general es empezar a buscar su coche en todos los portones que se encuentra. Y como los del garaje se parecen mucho a los de la caballeriza...

—¿No se da cuenta en qué lugar está buscando?

—¿Pues no te digo que hoy es uno de esos días?

—¿Y qué tal maneja en estos días?

—Tiene sus mañas, pero bien..., siempre y cuando no confunda el freno con el clutch.

—¡Hizo eso!

Señala una cárdena costra grande que va de su nariz a su entrecejo.

—Eso no lo sé; no conozco a ningún no fumador.

Luego todo se calmó, incluyendo el cenicero. Me salí al balcón a fumar, para evitar problemas de discusión. Pensé en Ramón, pensé en Olmedo, en nuestra amistad y en un chorro de cosas... Pero sólo logré obtener una conclusión:

Ay Dios, voy a tener que dejar de fumar...

—¿Quieres turrón de aguacate?

Me pongo a analizar su ofrecimiento. ¿Turrón de aguacate?

—¿Turrón de aguacate, Conchis?

—Sí.

—Será de cacahuete, Conchis.

—¿Pues qué dije?

—Dijiste “turrón de aguacate”.

—¿“Turrón de aguacate”? ¿Cómo que “turrón de aguacate”?

—Eso es lo que tú dijiste, Conchis.

—¡“Turrón de aguacate”! Ay, Fernando, no me cotorrées...

Segundos después corta un pedazo de turrón en un plato y se lo da a Zenaida, para después dirigirse hacia mí y entregarme la lista de lo que habrá que comprar en el mercado. Posteriormente guarda el directorio de

A dos por hora se estampa en el portón de su propia casa

—Yo iba de copiloto.

Me limito a gesticular un "¡hijoles!" porque si me río no sé si se ofenderá Zenaida. El gato comienza a quejarse, pero no digo nada porque aún no sé si realmente significa algo. El perro eructa. Más tarde vendrá mi tía Tere preguntando por el teléfono del doctor González...

—Zenaida, ¿sabrá Conchis si debe recoger a Marianito a las cinco y media?

—¡Madre mía, se me fue! se exalta y saca la cabeza por la ventana. ¡Conchis, Conchis! ¡Tienes que recoger a Mariano a las cinco y media!

Entonces a lo lejos y con dirección al portón principal, sonriente y manejando muy pegada al volante..., corrección, al parabrisas, pasa Conchis, quien, sin virar siquiera la mirada, levanta con jovialidad la mano derecha para llamar con un movimiento de abanico a Zenaida. Ella sale con celeridad de la cocina para dirigirse al coche de Conchis, que va a dos por hora, pero lo suficientemente lejos de andar pasivo. Le dice algo a Zenaida desde el interior de su Datsun rosado, pero como tiene los vidrios arriba no logra entenderse nada.

—¡Conchis, baja el vidrio! —le sugiere Zenaida, que no deja de trotar junto al coche, pero Conchis sólo gesticula un "¿qué?", sacudiéndose con todo y férula el lóbulo de la oreja. ¡Baja el vidrio... o mínimo frena! ¡Tienes que recoger a Mariano!

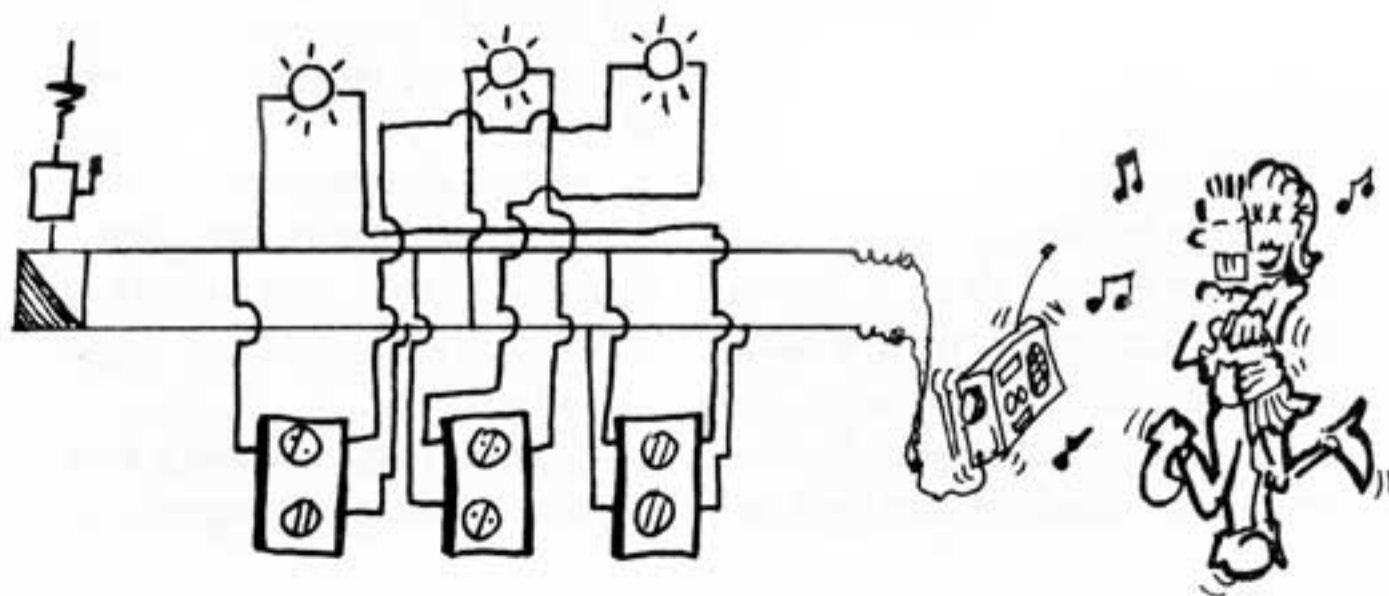
Conchis sigue gritando y sigue manejando y sigue quejándose de no entender nada. Hasta que se harta y decide bajar el vidrio, sin dejar de acelerar, pero ya estaba demasiado cerca del portón principal, que por cierto nadie ha abierto. Así es como a dos por hora se estampa en el portón de su propia casa, tratando de bajar el vidrio de su coche con el brazo lastimado. El impacto benigno no deja de resultarme cómico y velozmente acudo, mordiéndome la sonrisa, al lugar del accidente.

—Como te dije —señala Zenaida—, tiene sus mañas.

Conchis sale de su auto justo cuando la polvareda está más desgraciada. Tose y se sacude el polvo de la cara, luego camina hacia nosotros para expresarnos su razonamiento:

—Gracias a Dios que estaba cerrado el portón. Así el polvo no les llega a los vecinos de enfrente.

Ni Zenaida ni yo entendemos su agradecimiento al Dador. Conchis no puede comprender que si no hubiera chocado no habría polvo que pudiera llegar a molestar a los vecinos, ni menos capta que si el portón hubiera estado abierto ella no habría chocado; sólo entiende que le tiene que dar gracias a Dios ●



No me esperes en Bosnia-Herzegovina



Édgar **Caballero Monjarás**

Facultad de Filosofía y Letras

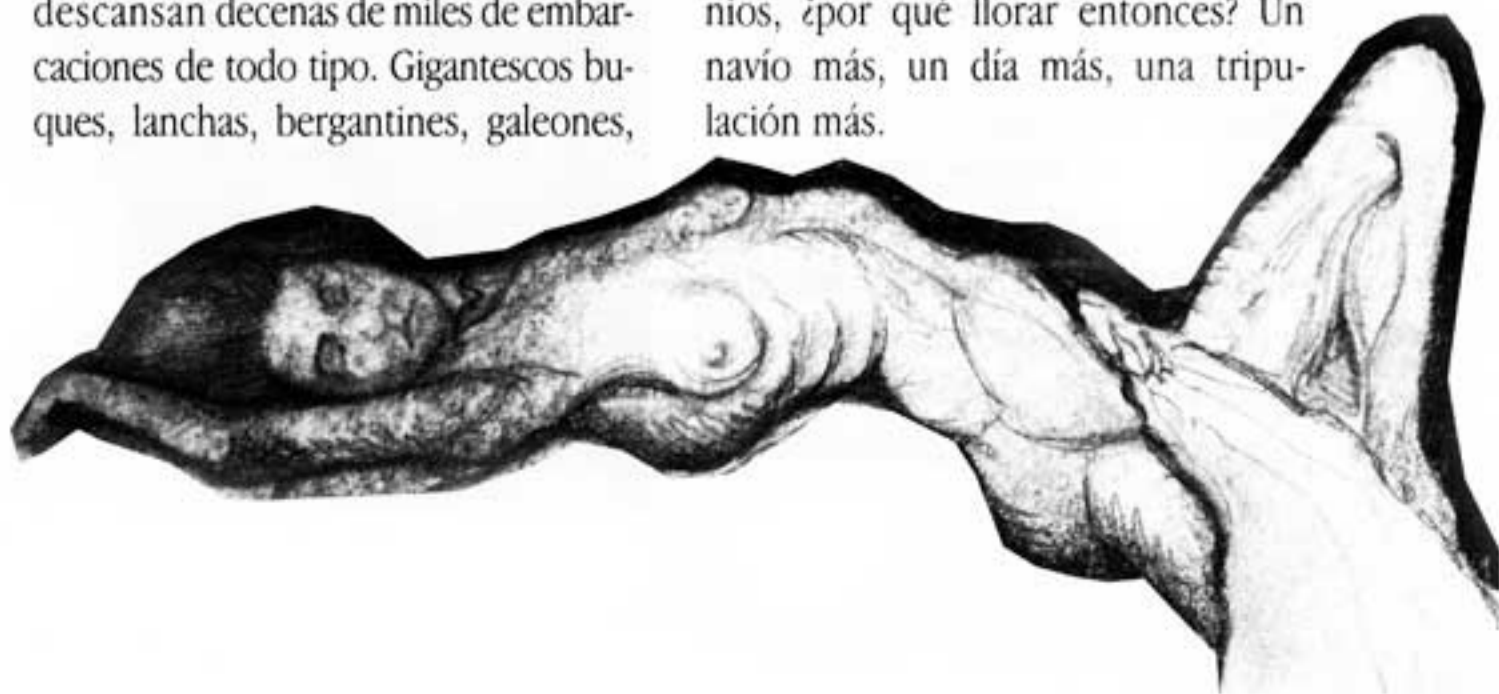
Fragmento de la novela marina de un hombre en la víspera de su fin

El Sjölstrom naufragó. Aunque las causas nunca fueron precisadas, ello no tiene la menor importancia. No la tiene el naufragio mismo, de hecho. Si se piensa en la infinidad de embarcaciones que en el transcurso de los siglos han sucumbido ante el incierto mar, nos persuadiremos de que un naufragio más no es significativo en modo alguno.

En el fondo oceánico, atrapados entre arenas y arrecifes de coral, descansan decenas de miles de embarcaciones de todo tipo. Gigantescos buques, lanchas, bergantines, galeones,

piraguas, balsas, canoas, botes, veleros, barcos pesqueros, de guerra, mercantes, piratas, de vapor, superpetroleros, trasatlánticos, portaaviones, etcétera. Desde los más rudimentarios artificios para navegar hasta los imponentes submarinos fulminados en las grandes guerras. Por no mencionar al Titanic, cuyo garrafal fracaso y hundimiento dejó atónitos a los hombres del naciente siglo. Incluso la Atlántida se fue a pique hace milenios, ¿por qué llorar entonces? Un navío más, un día más, una tripulación más.

► 41





A nuestro hombre la muerte le sorprendió pensando en Charlotte, su amada francesa en Nueva York. Se encontraba en altamar, plácidamente sentado sobre los oscuros bultos que transportaba el Sjölstrom, fumando un habano de singular suavidad. Entre suspiros, evocaba los cálidos labios de ella. En ese preciso instante y sin más motivo aparente que el destino, el barco empezó a hacer agua de manera incontenible. Cundió el pavor. Hubo imprecaciones en inglés, ruso, alemán, finés, sueco, noruego, lapón, holandés y francés. Había un negro a bordo, del Brasil, y un chino que fungía como cocinero, así que hubo también imprecaciones en chino y portugués.

Hubo incomprensión, confusión, pánico. Se buscó por todos lados la avería, no se la logró encontrar. En la desesperación se arrojó por la borda al chino, al negro, la comida, los camastros, los recuerdos, pertenencias, implementos, vestiduras, dagas, anclas, redes, pesca, velas, mástil, cuerdas, cajas, armas, latas, baúles, mascotas, patas de palo y todo aquello que pudiera ahorrar peso. Incluso, error fatal, se deshicieron irreflexivamente del bote salvavidas, que se alejó con una velocidad inusitada sin dar tiempo de enmendar y se perdió de una forma tan rápida e incomprensible que de inmediato ganó adeptos la antigua idea de que el mundo es un enorme dado en cuyas esquinas el océano se precipita de manera vertical.

Dejaron, pues, en completa desnudez al barco. Pero en vano. En menos de diez minutos el Sjölstrom era ya sólo un arañado palo mayor en inminente peligro de extinción total. Escasos dos minutos más tarde, las gélidas aguas lo habían engullido por completo y la tripulación sumergida no era más que un puñado de hombres amoratados.

Nuestro hombre fue de los primeros en ahogarse. Al sentir el agua, helado hasta el espanto, a nivel de sus rodillas, supo que aquello era irremediable. Así que interrumpió la estéril tarea



de lanzar el mundo al mar y corrió a su camarote en busca del dinero que había estafado a un par de ingenuos italianos antes de zarpar de Nueva York.

A medio trayecto hacia el dinero, el barco tuvo un súbito estertor, provocando un poderoso estruendo que le hizo pensar que el cielo entero se había descuajado. Sin dejar de avanzar por esta especie de pantano sobre el mar, volvió el rostro hacia el cielo con pavor ensombrecido y constató, no sin cierta amargura, que el firmamento estaba igual que siempre. A la expectativa, investido de su habitual intrascendencia. Comprendió entonces que la vida y el mundo seguirían sin él, a pesar de sus pesares.

El cielo seguía igual, pero el nivel del agua había subido de golpe hasta la cintura.

Oyó los ensordecidos gritos de sus compañeros de tripulación, pero no los entendió. Tal vez se lamentó, ya inútilmente, de no haber aprendido otros idiomas. En este punto, nuestro hombre pudo haber regresado sobre sus pasos e intentado unirse al resto de marinos quienes, enloquecidos, habían conformado una cadena humana, amarrando sus destinos entre sí mediante una gruesa cuerda. No podrían separarse ni en las buenas ni en las malas. Nuestro hombre decidió, en

No lucharía por la vida como un perro

cambio, que de nada vale la salvación si no hay medios para afrontarla. Iría por el dinero, pues, aun a costa de su vida (la posibilidad de morir le pareció, una vez más, como siempre, como a todos, extremadamente improbable, por lo demás).

Llegó a su camarote, penetró en él ya con el agua hasta el cuello, se sumergió como en una oscura ciénaga e intentó, en su inmersión, localizar la pequeña llave que ocultaba entre las tablas del piso. Repitió la operación varias veces y cuando por fin la localizó con las uñas destrozadas y las manos ensangrentadas por lo febril de la búsqueda, el nivel del agua era hasta el cuello. A tientas logró encontrar la pequeña caja de madera que escondía con recelo sus tesoros más preciados, o los únicos: cien dólares y un rizo perfumado de Charlotte.

Con los brazos en alto y el agua hasta el mentón introdujo la llave en la diminuta cerradura. Abrió la caja, metió los maltrechos dedos y buscó milímetro por milímetro. Fue entonces cuando sintió una punzada en el vientre. Bajó la caja a la altura de los ojos (ya el agua le alcanzaba la nariz) y comprobó incrédulo que el dinero no estaba. Ni el rizo de Charlotte.

Alcanzó a percibir cómo su destino se vaciaba por completo bajo el agua. Parpadeó con perplejidad. Sus manos soltaron la caja, todo él permaneció inmóvil. La caja naufragó inmediatamente, semejando una réplica en miniatura del Sjölstrom. De haber tenido





lágrimas, nuestro hombre habría llorado. O tal vez lo hizo y el agua trastocó este pormenor tan elocuente.

En realidad murió en ese momento. El resto considerémoslo una segunda muerte.

Con el agua hasta los ojos había catalizado de improviso, y sin siquiera proponérselo, los más profundos procesos de maduración de la conciencia ante la vida y alcanzado de este modo la antesala de la gran coronación, los linderos del fin de la existencia: había ganado la muerte.

Había traspasado las barreras del pavor y la esperanza, perdido toda capacidad de reacción ante la vida y, por encima de todo, se había percatado de no ser sino el juguete de alguna cruel diversión divina. ¿De qué otro modo explicar el extremo absurdo de todo aquello? Abjuró de aquel oprobio y quedó inerte, firmemente decidido a no seguir desempeñando el patético pa-

pel caracterizado hasta entonces para solaz divino.

No lucharía como un perro por la vida, no lo haría en absoluto. Cuán equivocados estaban si habían creído que lo haría. Estoicamente resignado al fin, no se preguntó siquiera cómo diablos habían desaparecido sus tesoros de la caja. ¿Tiene algún sentido preguntarse algo en el instante previo de la muerte, a sabiendas que el fin llegaría antes que la respuesta?, pensó nuestro hombre sin darse cuenta que de este modo igualmente formulaba una pregunta. Antes que llegara la respuesta, el agua lo cubrió por completo.

Lo que un hombre tarda en ahogarse es discutible. Nuestro hombre tardó sólo un par de minutos. Minutos durante los cuales, muy a su pesar, no pudo mantener su estoicismo. En escasos diez segundos que a él se le antojaron llenos de eternidad, cayó en la cuenta de que con toda seguridad morir así, parado y resignado bajo el agua, era el verdadero plan que la divinidad había concebido como supremo deleite. Además la voluntad es una cosa y los instintos otra. De modo que nuestro hombre, estibador danés descendiente de Erik el Rojo, se convulsionó y miró desencajado en derredor: el cuarto no era más que una pecera, y él un pez.

Reteniendo el contenido inapreciable de sus pulmones se precipitó buceando con locura hacia la puerta, giró el pomo con viscosidad y comprobó, ya sin sorpresa, que mientras él había buscado con delirio su dinero y un recuerdo, el universo había sufrido una recomposición total, y el aire había sido excluido.

Tal vez ya sin darse cuenta se acordó de Charlotte.

Por asociación de ideas pensó en el resto de mujeres que lo amaban con locura en cada puerto. Su última visión fue loca, de su madre, y expiró ●

Mudanza del diluvio



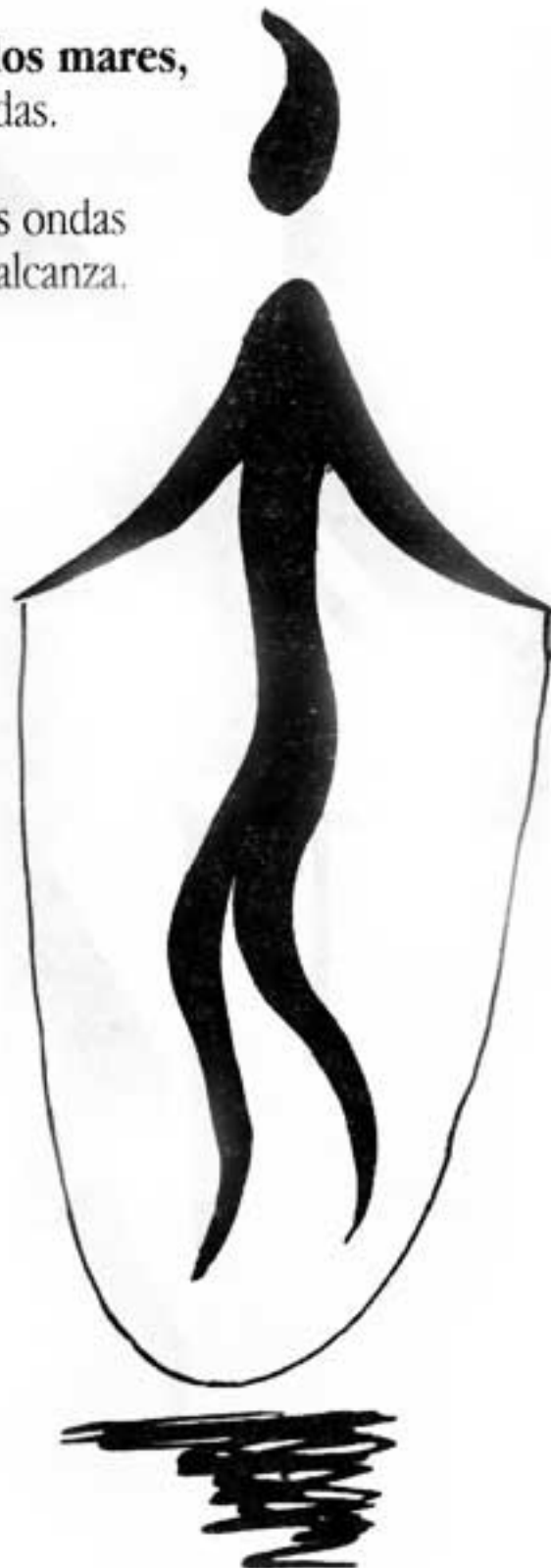
Pedro Hernán **Bravo Varela**

Universidad del Claustro de Sor Juana

**Peces, puertos, pájaros,
playas: poesía del mar**

**Otro cielo es el reflejo de los mares,
el resumen de neblinas atrasadas.**

Una piedra es el jilguero de las ondas
y en el álgebra de marzo, voz alcanza.



▷ 45

Conviene decir que el mar ordena sus olas,
considera duraciones de marea,
pero el pájaro ha salido de entre los peces y pone
nuevos párpados para fijar su
vuelo.

Recorrer el azar de las aguas es llegar al principio de
su orden.



Solem

MALECONES PARA ARRIBAR DESPIERTO

I

Abreva en el cielo una parvada.
Las nubes remontan por los pájaros.

II

En los embarcaderos,
un ramo de tormentas;
tañer las olas hasta afirmar la arena.

III

Levar anclas y anudar el oro a los peñascos,
saciarse de un día que se ha desconocido.

IV

Acercar el norte a la isla más próxima.
No hay brújula de vientos que lo impida.



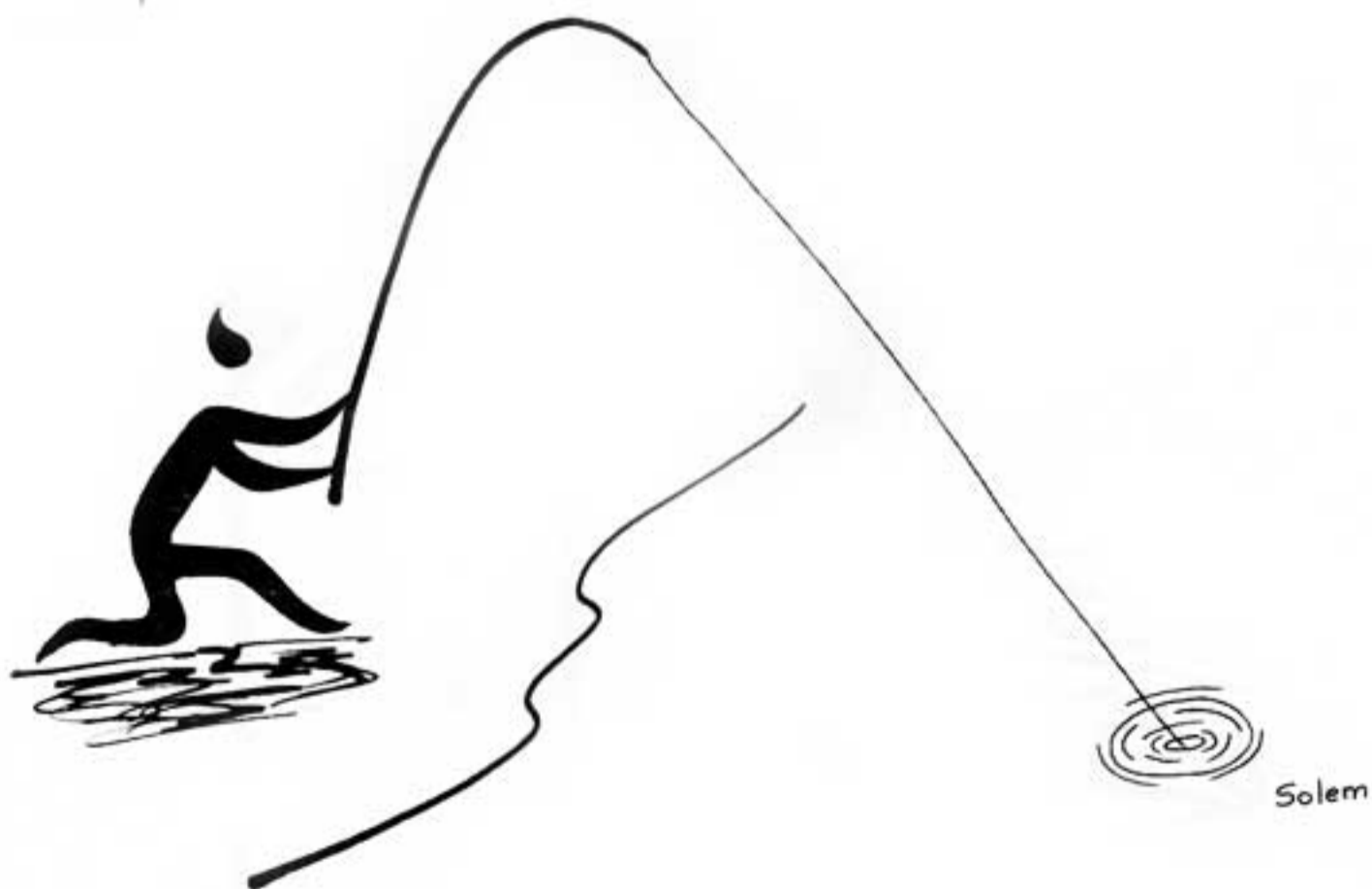
(Robinson Crusoe simula navegaciones)

Cien días. La playa ha dibujado los naufragios no resueltos.

Bajo palmeras, entre grillos que murmuran desde una dentada maleza, alimento con legumbres cada tarde a los esqueletos de la cascada.

Inútiles los barcos, los mástiles que han querido hacer espera de señales: el mar es una primera aproximación al imaginario del desierto.

Pies descalzos vencerán la duda, detendrán los mapas.



TRES TRAZOS FRENTE AL PIÉLAGO

I

Una mujer mira de frente al puerto.
Sus ojos no son sino confirmación de nubes,
música de lo que se ha querido esconder y se repite,
olas que están por encontrar la vuelta a su desastre minucioso.

II

No sé si el cardumen emita una luz semejante a la del faro,
si se finja isla o breve labio en la cortina del agua; si un
aldabonazo en medio de la noche dé alguna certeza de
cabellos o mareas.

III

El agua es punto cardinal que ha comenzado la ardua labor
de reconocerse en todas partes ☉



Solem



Amor condicionado

de James J. Brunelle

Traducción de César Augusto **Valdés Rodríguez**

Poesía y teatro de dos autores
norteamericanos contemporáneos,
en el vehículo ligero de la traducción

Facultad de Filosofía y Letras

Personajes:

Santa

Tabby

(Se encienden las luces)

SANTA: A ver niña, ¿has sido una perra?

TABBY: Santa, no deberías decir esas palabras. No he sido nunca la hembra del perro ni pienso serlo, además los comentarios peyorativos no le van a una persona tan... agradable.

SANTA: ¿Has sido buena niña?

TABBY: ¿Buena?

SANTA: ¿Has torturado a tu gato o algo así?

TABBY: ¿A quién le importa si he sido buena? ¿Según las reglas de quién?

SANTA: Bueno, tú sabes...

TABBY: Santa ¿por qué tu nariz está tan roja?

SANTA: A ver, ¿te has portado bien?

TABBY: ¿Me estoy portando bien ahorita?

SANTA: Pues... sí.

TABBY: ¿Puedo contarte cualquier cosa?

SANTA: Bueno, yo.. eh..

TABBY: Hay tanto que te quiero decir.

SANTA: Vamos, pues, dime.

TABBY: Es que, bueno, tú sabes que he estado aquí sentada así cinco minutos y no he tenido un momento de verdad contigo.



SANTA: Oye, niña, lo hago lo mejor que puedo.

TABBY: Usas palabras falsas, panza rellena y deberías consumir bebidas que no estén destiladas.

SANTA: ¿Qué quieres?

TABBY: Ya te dije, quiero que seas de verdad.

SANTA: Pídemme juguetes ¿Oquei? Juguetes.

TABBY: ¿Para qué me molesto pidiéndote juguetes cuando podría llegar a conocerte? ¿Quién eres, Santa? Por favor dime.

SANTA: Mira, yo no quiero hablar de mí mismo.

TABBY: No hay nadie más formado, soy la última del día. Papá y mamá dijeron que volverían en cinco minutos. Háblame, Santa. ¿Me temes, verdad? ¿Por qué?

SANTA: Deja de mirarme así.

TABBY: Estás triste, Santa, puedo verlo. Bebes todos los días porque tu perrita desapareció.

SANTA: ¿Cómo lo sabes?

TABBY: Yo me la robé.

SANTA: ¿Tú? ¿Tú te robaste a mi Panquecita? ¿Dónde está?

TABBY: A ver, aguanta. Si quieres ver a tu perrita con vida otra vez haz lo que te digo, será lo mejor. Eres listo, borracho y patético, pero tienes cerebro. Lo que quiero es que me lleves cinco mil dólares en una bolsa de papel de estraza, la dejas mañana en mi parada de autobús. Te daré las instrucciones por teléfono en la noche.

SANTA: Tú, perra...

TABBY: No deberías decir esas palabras, Santa.

(Se apagan las luces)





¿Quién se romperá primero?

Pieza conceptual en forma de poema

de Raymond Federman

Traducción de César Augusto **Valdés Rodríguez**

Facultad de Filosofía y Letras

La situación
dos amigos han decidido no
hablarse nunca más

sienten que el afecto
y el respeto que se tienen
se acaba gradualmente con cada
frase que se pasan

la situación es dramática
una obra para dos actores
y dos altavoces

al principio escenario a oscuras
una luz gradualmente revela
a los dos amigos sentados
el uno frente al otro
uno izquierda uno derecha de la escena

altavoz sobre la cabeza de cada amigo

altavoz izquierdo dice por qué
el amigo izquierdo no romperá el silencio
primero
altavoz derecho dice por qué
piensa que
el amigo derecho no romperá
primero el silencio

y así

mientras los altavoces hablan
los amigos sentados reaccionan
con gestos corporales y faciales
a lo que cada altavoz
sobre cada cabeza dice

voces en los altavoces
suben de tono más discuten
más agresivas enojadas iracundas
en el desarrollo de la obra

la discusión se torna debate
un juicio una competencia
la voz anima a los amigos
a afirmarse en su silencio

altavoz izquierdo
dice que la razón
porque amigo izquierdo
no romperá
es porque es poeta
y los poetas conocen
el silencio y no la soledad

altavoz derecho responde
que amigo derecho es actor
y los actores saben cómo no
romperse durante la obra

altavoz I
dice que amigo I
no romperá primero
porque hubo una vez
durante la gran guerra
que fue torturado
fue torturado porque
sabía algo
algo muy secreto
algo indecible
el enemigo lo torturó
pero no habló
se rehusó a hablar

por semanas y semanas
calló en su tortura
y el silencio se volvió para él
el reverso de la tortura
eso es el porqué el amigo I no romperá primero

altavoz D
da la vuelta diciendo
que cualquiera
en la situación de amigo I
habría encontrado
el valor de no





romper es natural
es fácil es normal
cuando a uno se le tortura
es la norma

amigo D encontró mucho más
valor para algo
mucho más traumante
y sólo tenía siete años
el día que su padre lo golpeó
con su cinturón
rasgando su cuerpo
con el cuero del cinto
y también la hebilla
y ese día amigo D se juró
a sí mismo en su dolor
que no le hablaría
a su padre en todo un mes
y en todo el mes amigo D
no dirigió palabra alguna a su padre
pocos encontrarían
ese tipo de valor
son pocos los afortunados
y tenía solo siete años

y así y así
mientras la obra progresa se vuelve
gradualmente más evidente que los dos
silentes
amigos se tensan más y más
nerviosa tortura en sus cuerpos y mentes

de repente
mientras discuten
los altavoces
los dos amigos
dejan salir un grito
al mismo tiempo
juntos

di algo por favor
di algo
no lo soporto más
di algo por favor
di algo
no lo soporto más

los gritos se vuelven más fuertes
mientras la escena se oscurece
no hay aplausos
no hay telón ●



Pentagrama para el silencio



A Rocinante

Édgar Roberto **Mena López**

Facultad de Filosofía y Letras

**Ancianos, niños,
aguas y poemas**

*El pájaro no canta
porque tenga una respuesta,
canta
porque tiene una canción.
Proverbio chino*

Un anciano escribe el sueño de un pájaro, es un paisaje de estatuas en el azul cuaderno del río.



Sus dedos atrapan en el papel la edad del agua, lápiz en trazo labio ajeno al árbol en que se arrulla el vuelo.

En el sueño del pájaro nace el dibujo de un relámpago, despierta,

► 55

presiente con su canto el temporal que hará de nuestros frutos un recuerdo.

El anciano no duerme para empollar en su recuerdo el huevo de una canción que devuelva la voz a un despertar de alas.

Sabe, por el color de las frutas, que la lluvia es un pájaro y nuestro sueño su morada.



punto

de PARTIDA



iduna

cosechas
el fruto
de esta voz
en donde mora
un río,
a veces pincel
y labio,
o bosque
atado al ritmo
del primer
amanecer
del sueño.
“Guárdame
la sombra,
dormido ángel,
en la mar
menos
profunda
de un acorde”.
Tienes la edad
del rebaño
cuyo país
es la sombra.
Aduermes
la voz
donde madura
el vuelo,
ave más que piano,
húmeda
de sueño.
“Guárdame
del temporal,
azul dibujo
de un naufragio”.
Despiertas
y entregas
al sueño
el agua.

Como si el silencio fuese la única posibilidad para dormir, los gatos se muerden las orejas unos a otros.

Gracia de acorde en clavicordio soñado hace mil noches, ahora en los oídos del anciano, un día en que me oyes con anhelo de sosegada tempestad.

El anciano ríe.

“El niño estaba antes que la lluvia”, dice, “abeja en boca de león sin respiro. Frágil olor en descanso de gotas, que ni cosa más suave que el rugido. Paciencia del agua en vencida roca y pequeña luz de sol sobre el trigo”.

Tanteo escribirte, pero el viejo niño observa y me dice: “El mejor poema es quedarse callado”.



Arpeggio

I

He aquí que un dibujo
nos enseñó el reposo,
con un blanco saludo
de ola que partía,
y nos dejaba dormidos
en espera de los frutos:¹
bosque al canto parecido
y frío
acorde piano preso de mi sueño.
Semilla del dibujo;
agua que corre hasta volverse árbol,
o jardín de eternidad infancia
en que he sembrado mis palabras.
Ciervo y ángel
que beben de la fuente
el agua aún no nacida,
o rostro olvidado
en bosque de estatuas niñas.²
Eres ese reloj
que marca la hora
de un país lejano,
aun cuando tu arena
guarda la escritura
semilla de mis labios;
eres una ventana que se abre
hacia un amanecer ya olvidado,
y un agua que se rompe
la mañana en que despiertan
pájaros dormidos por mil años.³
Padecer enclaustrado en la palabra,
derrumbe de mi árbol en su canto.



II

He aquí que estoy
como agua sin playa,
en esta ruina de polvo y ceniza
donde vienen a apagarse los relámpagos;
donde soy muerto pintor de molinos
mas nazco cuando duermes sin soñarme.⁴

NOTAS

1. Confundida al tiempo brújula que pierde el sueño al recordar la primera mañana del mundo.
2. Agua cuya sola verdad es el amparo.
3. (A Shirley) Eres ese amanecer que se duermen deseando los pastores.
4. Despedida en azul de mi derrumbe, catástrofe fue el alma en la escritura.



Coda

El anciano quema colas de gatos para que la lluvia termine. Sabe que si los gallos fallan, esta noche tendremos que encadenar nuestras camas a los árboles.

—Al tiempo que los gallos canten —me dice—, pida a los dioses sin lengua que protejan nuestros sueños. Y tiene razón, ayer la lluvia inundó de recuerdos nuestra siembra.


Y yo que desperdiicé la noche sembrando jinetes en el jardín; será mejor que germinen antes de enero y que sus caballos busquen un camino hecho de labios en las gotas; si no, regresarán heridos de lluvia a su silencio.

El indeleble saludo de un relámpago golpea mis cabellos.

El anciano quema los dibujos que hizo el agua en su cuaderno, quema las jaulas de sus pájaros, y ha pensado como última oportunidad para salvarnos prenderle fuego a estas palabras ●



Internet

Brújula  **Literatura**

Amigos

● **Revistas literarias en Internet**

**Almogàver,
La Revista Mediterrànea**

<http://www.rednsi.com/almogaver/>
Revista literaria publicada en catalán y español. Es dirigida por Juan Pablo Bustos.

Amsterdam Sur

<http://www.Desk.org/sur>
Revista literaria que circula en ediciones electrónica y de papel. Es dirigida por Jorge Menoni y la edición electrónica es preparada por el artista mediático Mariano Maturana. Una revista de sencillísima presentación, pero de muy bien cuidados contenidos.

Áncora

<http://members.tripod.com/~Borges2/ancora.htm>
Versión electrónica de una revista en papel publicada en Argentina por Cristian Mitelman. Puede recibirse por correo electrónico y publica materiales diversos relacionados con el oficio literario.

AoDWeb

<http://www.aodweb.com>
Es una revista de literatura de aparición bimestral, de relatos y poesía (también otros géneros si se presta), abierta a la colaboración de cualquier autor que escriba en lengua hispana o en cualquiera de las lenguas oficiales del territorio español. Editada desde España por Carlos Cazorro Burgos.

<http://fuentes.csh.udg.mx/CUCSH/argos/index.htm>

Argos

Revista electrónica de poesía, narrativa, teatro y ensayo. Publica material de escritores de oficio en estos géneros y tiene una interesante sección de enlaces relacionados, en los cuales se puede hallar materiales en español.

<http://www.arrakis.es/~apolo97/ariadna.htm>

Ariadna

Revista cultural que publica poesía, narrativa y crítica, además de información cultural y convocatorias de concursos.

<http://habitantes.elsitio.com/piso213/2/>
Revista literaria argentina que publica información cultural, reportajes, cuento, poesía y hasta clasificados de gente que busca libros y no los consigue en librerías. Editada desde Argentina, cuenta con una versión por correo electrónico a la que es posible suscribirse mediante un formulario visible en la página web.

**Arrob@ Literario,
La No Revista**

<http://www.ubrinet.com/barrameda>

Barrameda

Publicación española dedicada a informar acerca del mundo editorial, proveyendo a sus lectores de abundantes datos sobre autores, libros, índices de venta, casas editoras y temas relacionados.

<http://home.earthlink.net/~chiarax/Barindice.htm>

Bar Las Virtudes

Página de literatura latinoamericana de vanguardia. Rincón de la nueva creación. Mantenido por puertorriqueñas pero, en fin, universal.

<http://wfs.vub.ac.be/cis/stpauls/booknet/booknet.htm>

BookNet

Revista electrónica de literatura editada por alumnos de Secundaria del colegio St. Paul's School para alumnos de Secundaria de cualquier parte del mundo. Entre sus contenidos figuran reseñas de libros, reseñas de películas, comparaciones entre versiones literarias y cinematográficas de algunas obras, reportajes, entrevistas y trabajos propios de creación.

- Casi Nada** <http://usuarios.iponet.es/casinada>
Revista electrónica sobre literatura, pensamiento, humor, filosofía, ciencia y artes, mantenida desde España por J. B. Bermejo.
- Cervantina Digital** <http://www.telebase.es/cervantina>
Revista de la asociación Acción Cultural Miguel de Cervantes, en España. Publica información sobre el mundo literario de habla hispana, documentos relacionados con la vida y obra de Miguel de Cervantes y material sobre la actualidad cultural.
- Ciberayllu** <http://www.andes.missouri.edu/andes/Ciberayllu.html>
Revista independiente de circulación no periódica que aparece sólo en el Web. Difunde material narrativo y poético.
- Civiles iletrados** <http://www.chasque.apc.org/civiles>
Mantenida por Luis Pereira, esta publicación se actualiza casi todas las semanas y publica obras de autores uruguayos, además de enlaces a otras páginas literarias.
- Contratiempo** <http://contratiempo.com>
Revista literaria que publica textos en los géneros de poesía, cuento y ensayo, además de crítica cinematográfica, textos eróticos e imágenes.
- Desletras** <http://www.geocities.com/Paris/Musee/2544>
Revista literaria editada por Jol Law. Publica noticias culturales y materiales en diversos géneros literarios.
- Dolor y Literatura** <http://www.arrakis.es/~luislj/dolory.htm>
Revista que publica materiales de autores de habla hispana en los géneros de cuento, novela, poesía y ensayo, además de material artístico.
- Édak** <http://www.geocities.com/SoHo/Atrium/5771/EDAK.html>
Revista de Arteltinerante. Publica material literario en los géneros de poesía y narrativa.

<http://web.jet.es/enseres>

El Invencionero

Revista literaria que difunde en la red el trabajo de escritores venezolanos. El nombre de la publicación rinde homenaje al escritor Denzil Romero, fallecido en 1999.

<http://www.arrakis.es/~lajanda>

El Balcón

Dirigida por Francisco José Herrera Jiménez, se trata de una revista literaria orientada hacia docentes y estudiantes de español. Para el momento de ser reseñados aquí, estaban por inaugurar una sección de entrevistas a escritores, para la cual cuentan con la colaboración de la conocida Editorial Alfaguara. Herrera agradece comentarios y colaboraciones.

La información anterior es proporcionada en la WEB por la revista venezolana Letralia, cuya dirección electrónica es <http://www.letralia.com> ¡Consúltela!

Nuestro colaborador Pedro Hernán Bravo Varela, premio de poesía en el Concurso 31 Punto de partida, obtuvo este año el Premio nacional de poesía joven Elías Nandino. ¡Felicidades!

Ilustraron este número Rodrigo Flores Herrasti (premiado en el rubro de viñeta del Concurso 31 Punto de partida), Susana Ochoterena, Arturo Tejeda Díaz, Isabel Chavarría Salinas, Hugo Rey Fortis y Pérez Aragón, Vladimir Flores García, Mario Alberto Pérez Martínez y Emmanuelle Alvarado Álvarez.

¿Estudias en la Universidad?

¿Te gustan el cine, la música, los libros, la pintura, la escultura, el internet, el teatro, la danza y la cultura en general? ¿Te gustaría escribir sobre ello? Comunícate con nosotros. En esta revista puedes dar a conocer tu opinión sobre esos temas, compartir tus ideas con numerosos lectores.

La puerta permanece abierta en esta casa de la literatura.